

ANDRÉS CEGARRA SALCEDO



SOMBRAS

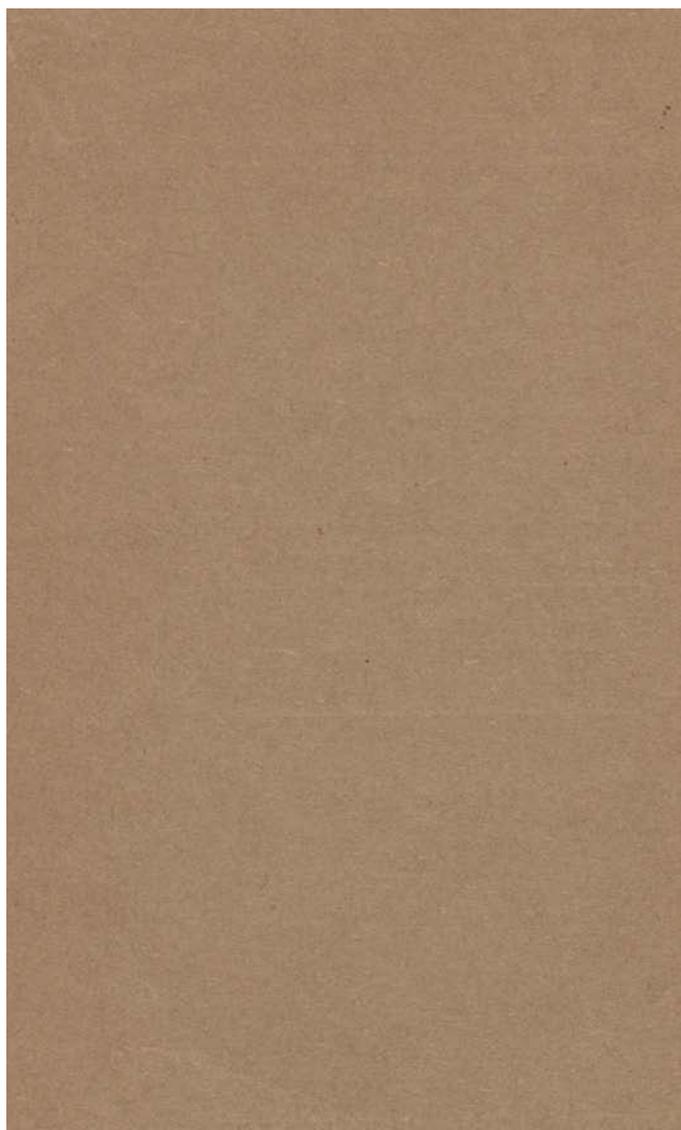
Prólogo del Excmo. Señor

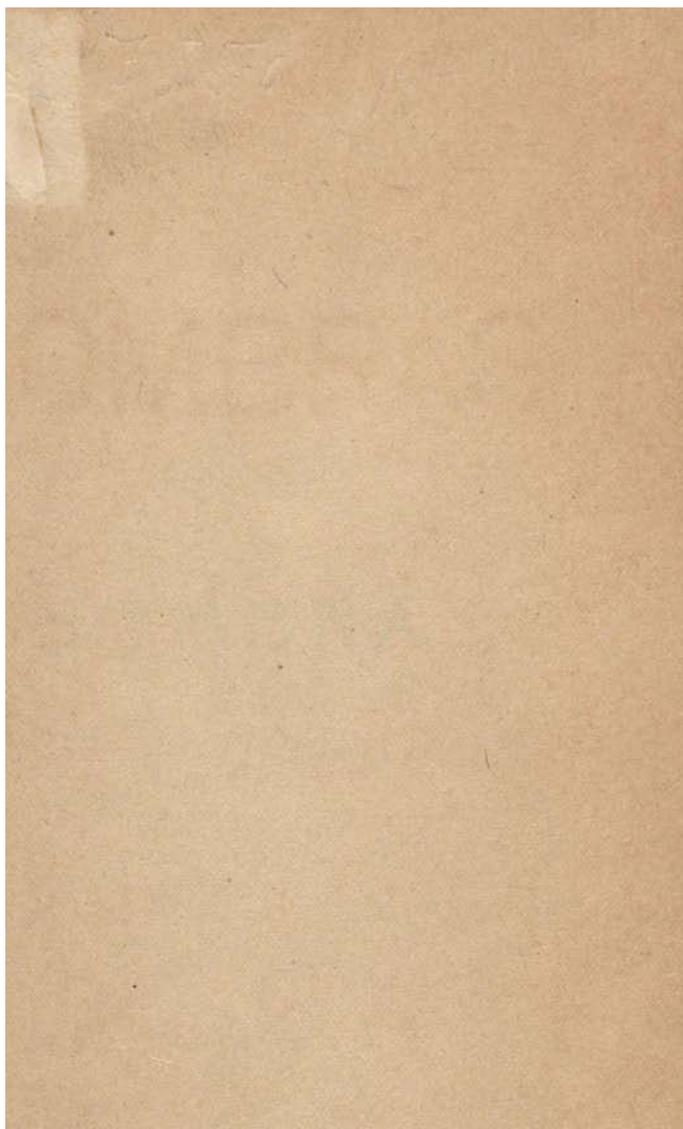
Don José Ortega Munilla,

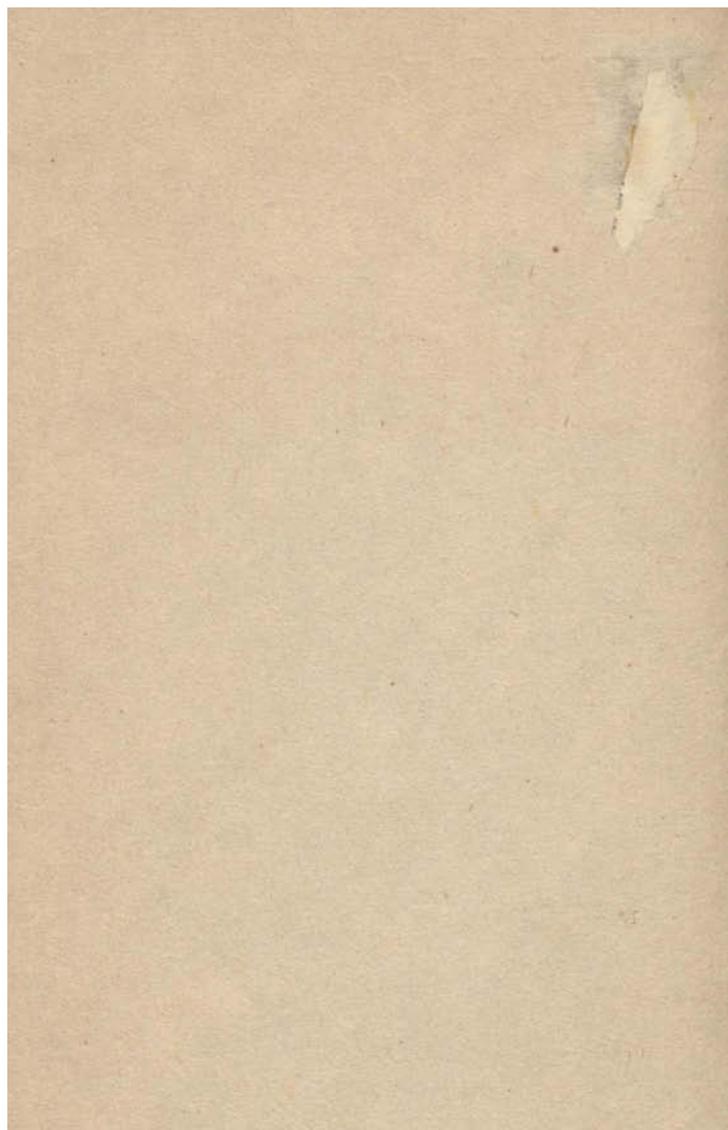
Académico de la Real

Española. ⌚ ⌚ ⌚ ⌚

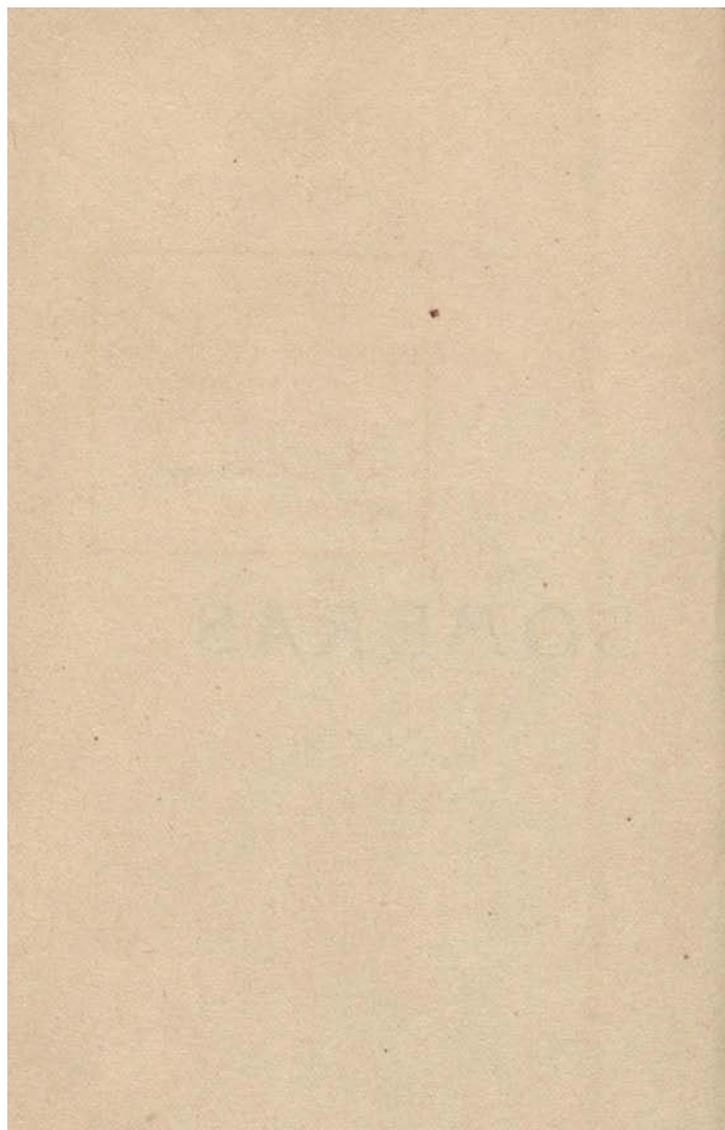
ORIAL LEVANTE







SOMBRAS



Sombras, es decir,
esfumados bocetos
sin valor, inconsisten-
tes, deleznales y efí-
meros...Incoloros tam-
bién: sombras...

OBRAS DEL AUTOR

- OLVIDAR**, comedia en dos actos y una
dedicatoria, en prosa. (Sociedad de
Autores Españoles.) 1'50 ptas.
- SOMBRAS**, prosas. (Editorial Levante). 2'00 »

ANDRÉS CEGARRA SALCEDO

R. 12.070

SOMBRA

Prólogo del Excmo. Señor

Don José Ortega y Gasset

Académico de la Real

Española ~ ~ ~



EDITORIAL LEVANTE

MCMXIX

CR
20333

SOBRE

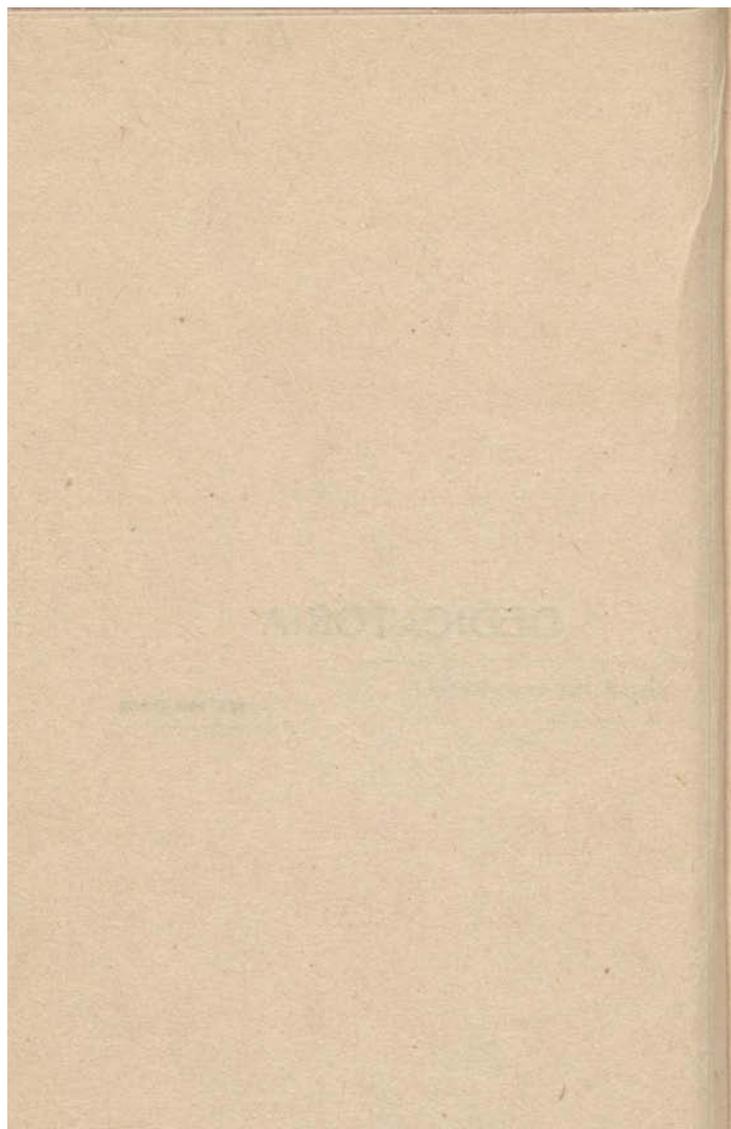
ES PROPIEDAD DEL AUTOR



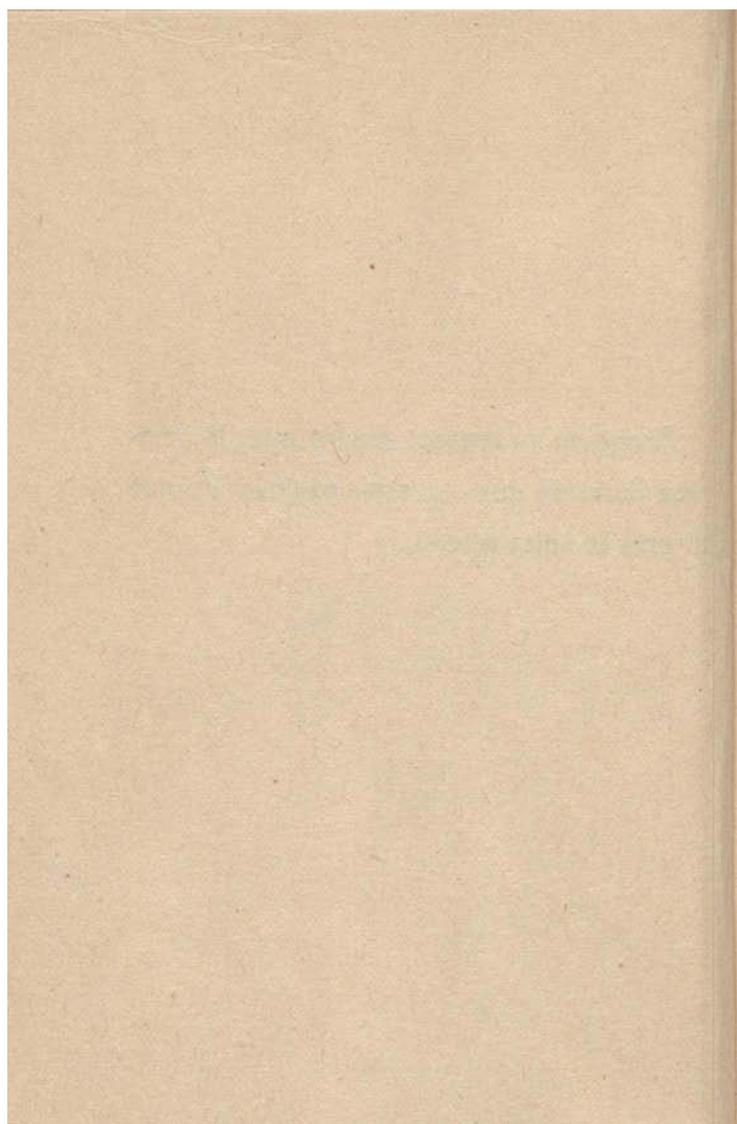
IMP. DE M. CARRERO, -- CARTAGENA

DEDICATORIA

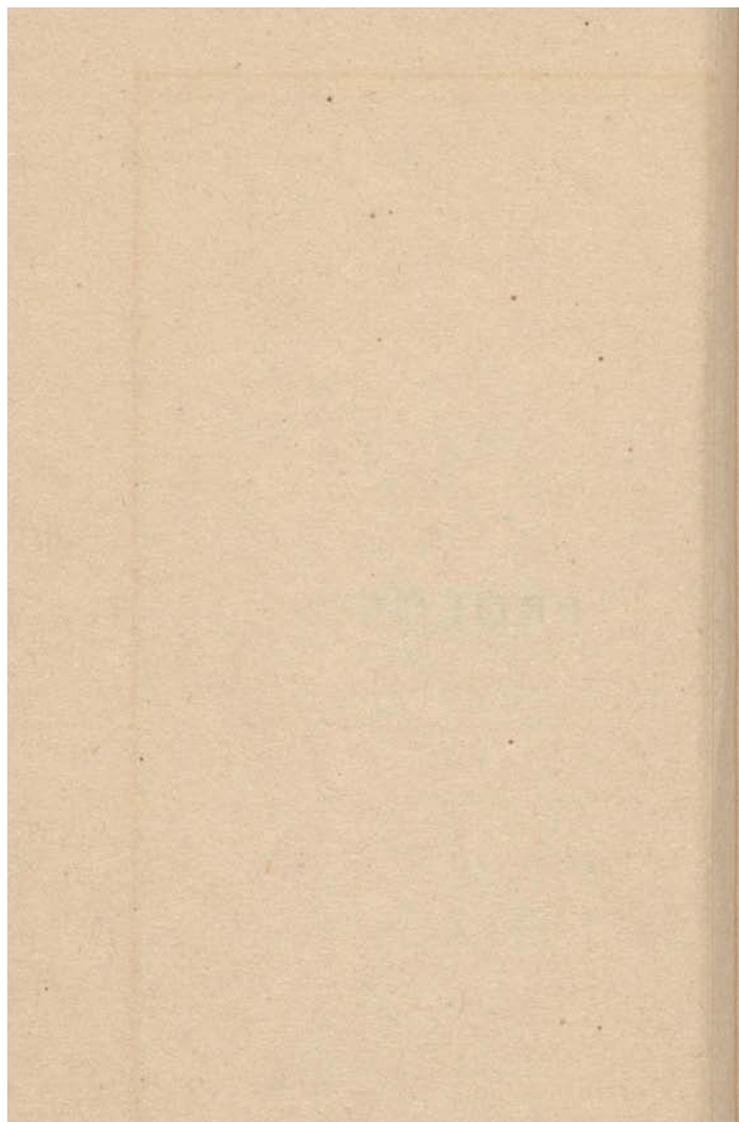
A MI MADRE



Acoge en tu regazo, madre mía, la dolorosa floración que son estas páginas. Porque tú eres la única verdad...



PRÓLOGO



A mis amigos del santo rincón

Sí, yo tengo dos amigos que no conozco. No los conozco, no los he visto nunca, y sin embargo los amo con dulcísima ternura. Ellos viven en La Unión, la famosa ciudad industrial. Un día recibí la carta inicial de nuestras relaciones. Él, el joven literato, me confiaba sus dudas, las que hemos sufrido cuantos seriamente hemos querido llegar a la estima de los doctos. Ella, la hermanita del escri-

tor, me decía que éste se hallaba enfermo, inmóvil, triste, aunque con fundadas esperanzas de cura definitiva, y que solo le consolaba en la prostración, dictar sus fantasías, y ella, la hermanita, le seguía con la pluma, poniendo en líneas las palabras del yacente. ¿Cómo no había yo de dedicar toda la atención de mi alma a los escritos del enfermo?

Pensé que serían ellos infantiles atisbos inhábiles. Pero como el dolor es el cómitre del cerebro, halléme con páginas bellísimas, saturadas de cultura, emocionantes, dignas del renombre. Y cuando me pidió el literato que vive en La Unión un prólogo para cierto libro que preparaba, acepté el honor.

Varios meses transcurrieron sin otras noticias de mis amigos del santo rincón, cuando ayer, no más tarde que ayer, recibí un pliego certificado

en el que ventan las cuartillas. Don Andrés Cegarra Salcedo me remitta el original de su volumen, de un pequeño volumen que constituye la revelación de un delicadísimo ingenio, saturado de quejas y de amores, de amarguras y de esperanzas, poetas sin ritmo, que arrastran en la prosa los eslabones quebrados de versos que riman maravillosamente en la región de las ideas. Y lei sin detenerme los artículos, las endechas, las narraciones, los juicios...

Ese montón de hojitas se mueve sin cesar, aunque sobre él se coloque recio pisapapeles. Tanta es la fuerza de la vibración que las ha llenado de hálitos potentes.

Cegarra Salcedo escribe siempre en la suprema tensión. No hay un momento de abandono, de descuido, de desfallecimiento. Eréctil el numen, crea, derrama la gracia de su condi-

ción, y a una frase bella sigue otra más bella aún. Y con el alma del enfermo juegan la esperanza y la tristeza. Mas él sabe defenderse, porque la Fé le anima, y en ella encuentra la salud de la mente sobre la naturaleza dolorida. Es que sobre Cegarra Salcedo flota la frase del Divino Maestro: «Spiritus pròmtus est... Caro, autem, infirma.»

Lo que hallo de singular en las cuartillas de este nuevo literato, es la novedad del léxico, dentro de la norma castiza. Él posee un amplísimo vocabulario, en el que se dilatan y diversifican los matices de la idea. Ello es mérito excepcional. Porque abundan los literatos que repiten los vocablos, que los emplean sin justesa, con lo que la descripción pierde su jugo, su prestancia y su relieve.

El que solo manda en un par de docenas de palabras, se ve y se de-

sea para decir lo que quiere. Titubea, vacila, tiembla, se repite, y redundando en los términos ya estampados, y concluye sin el logro de una emoción vivaz que penetre en el ánimo del lector. Porque el idioma es como inmenso teclado de piecitas de marfil, negras y blancas. Pasa la mano de Valera y todas las notas suenan. Teclea el ignaro, y solo una docena de marfilitos se mueven. Debe sentir el órgano vergüenza del agravio que le impone el mal tañedor...

Cegarra Salcedo sabe donde está la palabra útil, la que importa que aparezca, la que hace falta en el párrafo. Sin ella ese párrafo quedaría incompleto. Carlos Nodier, el noble narrador francés, decía que el vocabulario era como el reloj. Si le falta al horario un segundo, estará descabalada la síntesis de los tiempos. Pues si al literato le falta un solo vo-

cablo, no le será posible contar, narrar, decir, emocionarnos... Ya verá quien examine este libro como su autor acierta con la dicción.

Y aún es más grande la abundancia de fuerza expresiva. Sepan todos que si no hay un tumulto de pensamientos, no habrá orden estético. Porque en la vida de las artes, para que reine la disciplina, es necesario que ella opere sobre la anarquía. Donde sobra, es dable escoger. Harpagón dice: «No sé como hablaros, mi dulce señora. Me faltan palabras». Es que economiza el miserable los conceptos, temiendo que va a arruinarse...

«...Leguas y leguas de mar, de mar y cielo... Una gaviota, el humo de un buque que la lejanía esfuma, la nítida mancha de una vela latina, y mucho azul arriba, y mucho azul abajo, como dos espejos que se miran...» Así lo dice Cegarra. ¿Se pue-

de decir mejor? Nó. Ese es un artista. Basta con tal prueba, bien que me sería fácil llenar varios pliegos con citas igual, o superiormente bellas.

Mas los prólogos deben ser cortos. Y procuro abreviar mis notas, las que he tomado leyendo las páginas del literato enfermo y triste, el que dicta a su hermanita, el que, como el pastor ciego de la leyenda alemana, «toma sorbos de esperanza», cantando sus invenciones.

Entre los cuentos que hay en el volumen citaré el que se titula Enriqueta. Es el drama de la lascivia femenina, el de la hembra perversa, en la que arden los sentidos, mientras permanece helado el corazón. Adivínase en esa narración brevísima el arte extraño y difícil de presentar los personajes, exponer el tema y llevarle súbitamente al grado máximo de emoción, sin que sobre, ni pueda ser

borrada una sílaba. Diríase que el joven que yace en el lecho o en la butaca, tiene prisa, demora en la prisa, y pone frenética actividad en su obra. Y sabe ser rápido, ciencia que pocos alcanzan. Ved al bicho pesado, gordo, corto de patas, escaso de alas, (si es un insecto volador), y si os fijáis en sus movimientos, cuando el miedo o el odio le impulsa, advertireis de qué manera se descomponen sus líneas y se afea su figura. Pero la ardilla o el jilguero son la celeridad graciosa; ellos son las semifusas del pentágrama zoológico, y por mucho que se apresuren no perderán la elegancia del dibujo ni la del movimiento.

En la noche africana, nos muestra Cegarra Salcedo el heroísmo de un hombre enamorado y generoso, sin que intervenga el lugar común propio de asunto tan tratado. Cierta in-

genua y arrogante inventiva adorna el plan inicial con formas originales.

Cierto es que a veces el estilo flaquea y la pureza del léxico sufre daño, pero eso es achaque de los nuevos, defecto de la inexperiencia, tránsito de cuantos escribieron; y en él perdimos muchos, yo más que ninguno. Cuando releo alguna página mía, caso no frecuente, me asusto de los errores cometidos. Busco, para explicármelos, mis herramientas de trabajo, y resulta que me falta la lima, el hierrecillo mordente que Horacio recomendaba a los poetas... Pero al saber que Clemencín... y otros críticos del «Quijote», acusan a su autor de incorrecto, me he sentido orgulloso de mis pecados y no me duelo de que en el taller de mis obrillas falte la lima correctora. Alégrese Cegarra con estos ejemplos... pero procure la limpieza definitiva de sus originales...

No sea que vaya yo a poner al joven literato como ejemplo los descuidos y las bellaquerías retóricas. Nó, hay un ideal, y es preciso rendirse ante él.

Me dice Cegarra en la carta que acompaña a sus cuartillas, las que forman el presente volumen: «Este último mes lo he pasado con manifestaciones nefríticas muy dolorosas, y en un estado de nervios que hacía más molesta la rigidez de mis articulaciones. Durante muchos días no he podido dictar, ni corregir. Ahora estoy más animado...»

¿Comprendeis ahora en qué condiciones escribe este autor? Yo proclamo que cuando de esta manera se realizan aciertos como los contenidos aquí, sería seguro el supremo triunfo en diversas condiciones de existencia. Por eso mi entusiasmo cariñoso para este enfermito que se olvida del dolor pensando en los amores de lo bello.

Pero no crea Cegarra que dejó de envidiarle. ¡Qué bien se está en la soledad cuando se ha averiguado que entre las muchedumbres falta el aire puro respirable!... Solos, tristes, en cárceles unos, entre cadenas otros, trabajando uncidos al yugo que movía una noria, han creado los genios las obras sublimes que indemnizan a la humanidad de la miserable vanidad, de la insana codicia, de la vergonzosa brillantez de los dichosos. Y aun los que aparentemente no sufrieron esas ignominias, han aguantado, la mayor parte de los buenos hijos de las Musas, el baldón y las imposiciones del vulgacho. Los mejores, los puros, los sanos, sangraron en sus viajes por la vida... Es que el arte pide sacrificios.

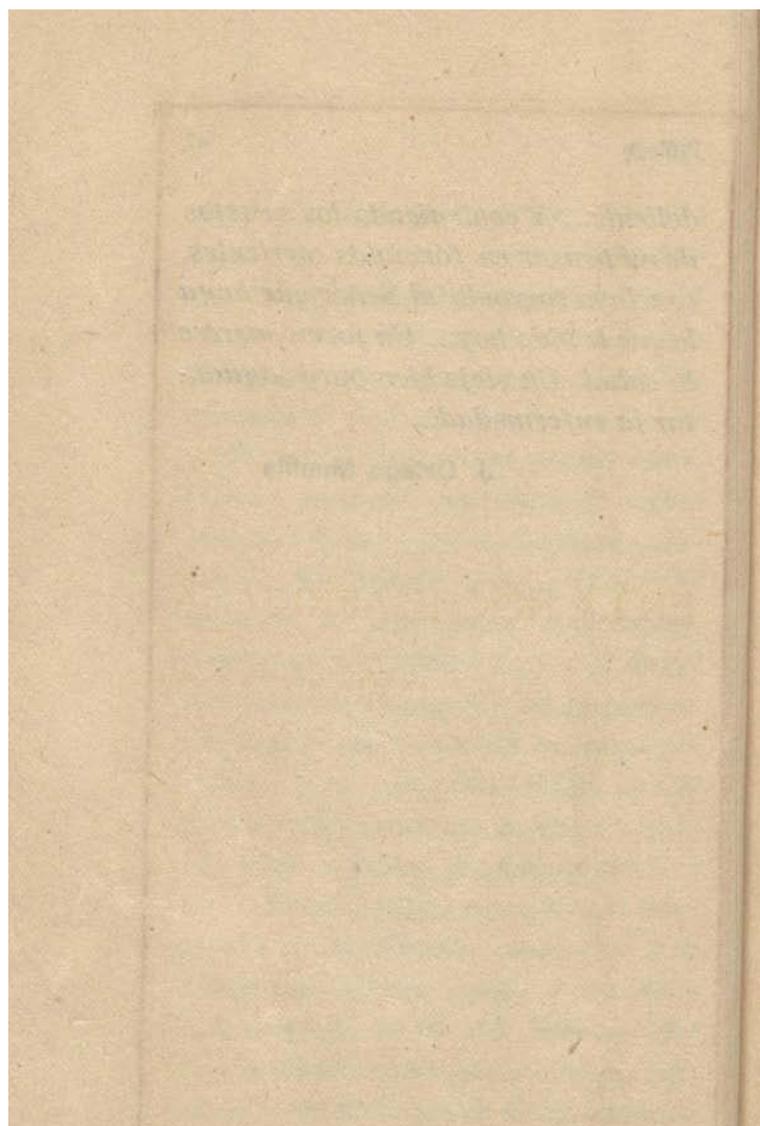
Pero Ud. Cegarra Salcedo, tiene a su lado un ángel. Ud. goza la ventura de que un ángel sea su ama-

nuense... Si, después de leer esto, que en improvisación vehemente he trazado, me conserva un poco de simpatía, yo le encarezco que bese las manos del Angel Amanuense, y le rinda mi ofrenda de respeto.

Ahora bien: hay que seguir escribiendo, y espero que antes de medio año me envíe Cegarra otro libro. ¿Tema?... Su propia vida. ¿Plan? El diario de sus amarguras y de sus esperanzas, sus coloquios con el Angel que escribe, el contraste de la pureza del hogar santo con las miserias sociales... Eso, y el gran talento de Cegarra, aseguran un acontecimiento literario... Animo, confianza, fortaleza... Y en la hora negra, rece el amigo con su hermanita una salve a la Virgen del Carmen, para que a todos nos ampare la Santa Señora. Así acaba como un sermón lo que significa ardores nobilísimos de un espíritu

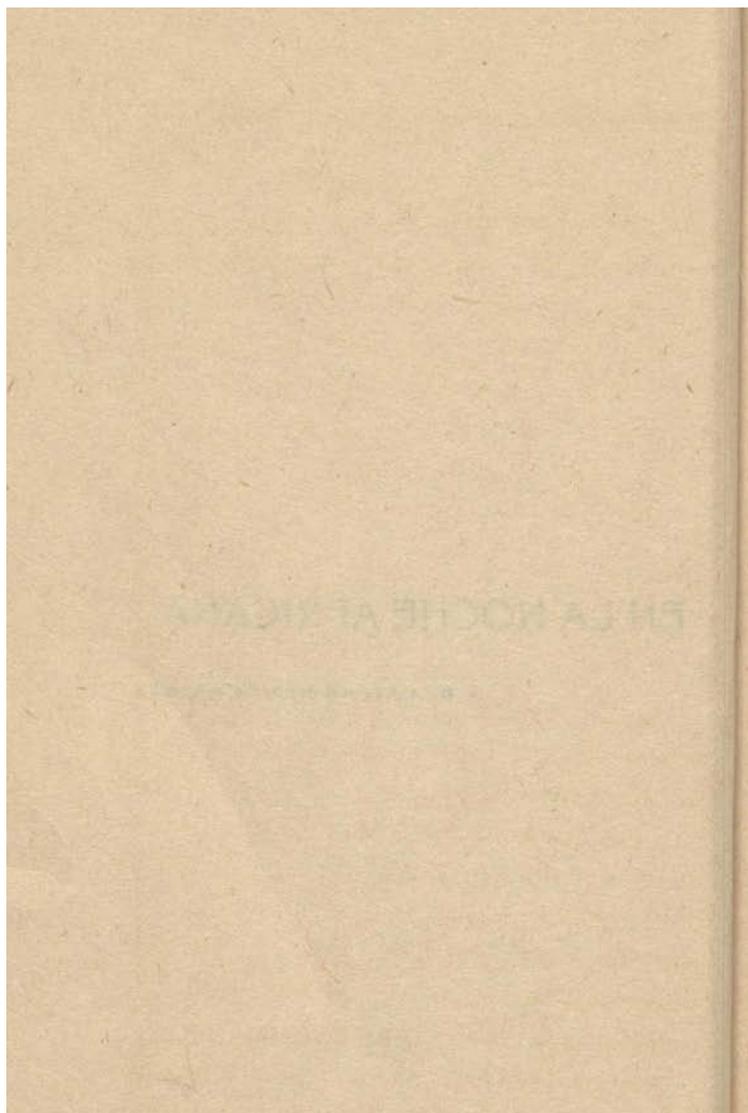
doliente... Y conteniendo los secretos de mi pensar en fórmulas corrientes, concluyo rogando al Señor que haga lo que le pido hoy... Un joven merece la salud. Un viejo bien puede aguantar la enfermedad...

J. Ortega Munilla



EN LA NOCHE AFRICANA

A D. ARTURO GÓMEZ GARCÍA



Estaba Martín acurrucado entre las chumberas rígidas y espinosas, envuelto en las tinieblas densísimas, casi coaguladas, casi pesantes. No sentía miedo alguno, rodeado del silencio hondo y misterioso de la noche. Habíase echado en tierra y dejado el fusil a pocos pasos de él, y en tal forma se disponía a hacer su guardia en esta peligrosa avanzada del campamento.

Aun estando Octubre mediado, era la noche bastante calurosa; jadeaba todavía la africana tierra con alentar de bestia cansa-

da, recordando las rudas caricias del sol. Mejor que verse, adivinábanse las montañas enormes y dormidas, áridas, peñascosas, madrigueras de la traidora morisma, cerrando los cuatro horizontes como inescalables barreras. Y arriba, el cielo, como de tinta china, encendíase profusamente en pequeñas ascuas plateadas y estelares.

Cara a este cielo impenetrable, mirando a los luceros remotísimos, Martín, inmóvil, se puso a recordar el pueblecillo levantino donde le aguardaban los suyos: sus padres, —los amados viejecitos que le despidieran con lágrimas,—el travieso y minúsculo Tónico, la graciosa Fuensanta, el señor cura, —que tantos y tan buenos consejos le diera...— Y cerró los ojos para ver mejor la blanca casa oculta entre los álamos rumorosos de pájaros, el pedregoso cauce del torrente que cruzaba el valle, la humilde torre parroquial, con aquellas campanas tan maravillosamente acordadas. Una, grave, meditativa, reposada, voz de recio varón; otra, argentina, cascabelera, juguetona, risueña, como carcajadas de una mujer jo-

ven y guapa; la alegre campanita que volteaba locamente en los señalados días solemnes, cuando no era preciso doblar a muerto y se estaba muda la gran campana grave.

Delicioso cortejo éste de las evocaciones, que pasaba por la mente de Martín, en la noche dormida, haciéndole olvidar las penalidades de la campaña: las marchas angustiosas por el inhóspito páramo polvoriento, la falta de agua, el sol implacable, el aplanante paisaje rudo y espinoso, — palmas enanas, chumberas, pitas, — sobre una tierra negra, no por fecunda, sino por calcinada. Luego, el enemigo siempre emboscado, traidor y cobarde, aislado, dividido, saltando acá y allá sin dar la cara, persiguiéndolo como a las alimañas en una caza de exterminio, con peligro y sin gloria.

...Y todos los recuerdos y las imágenes evocadas se fueron fundiendo en la mente del soldado en una sola imagen bellísima, en un solo recuerdo dulce y grato cual no otro: María, la graciosa muchacha a quien Martín no podía ver con el corazón sereno.

Hubiera dicho que la tenía delante, que habían tomado en la sombra forma tangible su adorada silueta esbelta, sus ojos, su boca, sus cabellos... Todas las noches, luego del toque de silencio, cuando daba gracias a Dios por haberle preservado aquel día de las balas moras, rezaba también porque María esperase su vuelta.

Aunque no eran novios, pues llegaron las quintas a punto de impedir que Martín declarara su cariño a María, ¿no querían decir nada aquellas miradas dadas y devueltas largamente, aquella complacencia de los dos en el baile, aquellas lágrimas de ella tan mal disimuladas en la hora de la despedida? ¿Por qué había él sido tan tímido que no aclaró estas cosas antes de partir?

Tenía fé, sin embargo, en María. Tenía en la ausente una gran fé. Y era su consuelo, figurarse, cuando él volviese, qué habría de suceder. ¡Oh, el inefable momento en que embarcara para España, felizmente cumplido el duro deber, señor y dueño único de su albedrío, libre ya, pleno de

júbilo el corazón... De tan alegre, parecería loco al pisar el suelo de las costas andaluzas. Luego, en medio día de tren, habría de llegar, ¡por fin!, al amado rincón donde los álamos ocultan una breve casita en mitad del valle luminoso que un torrente corta en dos... Abrazaría a sus padres con tal fuerza que les haría daño, y a los hermanicos, y a los buenos amigos que fueran a esperarle.—Vienes hecho un hombre, hijo,—diría emocionado el viejo.—Hijo mío, qué guapo te has puesto,—diría llorando la vieja. Y él, Martín, tímidamente, mirando en torno suyo, haría esta pregunta la primera.—¿Y María, donde está?—Entonces María, saliendo de entre los demás, quizás dijera con voz de lágrimas de dicha y de rubor.—Aquí estoy esperándote, Martín.—Y se abrazarían ante todos, como dos prometidos.

Pero... ¿y si la encontraba con novio o acaso con marido? Tres años son tanto tiempo... Además, no había compromiso entre los dos. Y era tan bonita, y tenía tantos adoradores... Aunque en las cartas que

Martín recibía de sus padres nunca faltaba aquel renglón encantado: —«Recuerdos de María»,—esto acaso fuera una sencilla fórmula cortés. ¿Quién pudiera decir?... De todos modos, quería tanto, que si la viese feliz, con otro hombre, plena y absolutamente feliz, él se sentiría feliz también con una extraña dicha torturadora e incomprensible para la mayoría de las gentes.

Embriagábase con estos imaginativos delirios. Y de pronto sintió en las sombras como el leve roce de algo que avanzaba con cautela: una alimaña o un enemigo. Dió un salto, cogió el fusil, y se disponía a dar el quien vive, cuando se sintió llamar rápida y quedamente.

—Martín, Martín, no te alarmes. Soy un amigo, soy yo.

Un momento después llegaba hasta él otro soldado que le abrazaba en las tinieblas.

—Martín, paisano, ¿es que no conoces mi voz?...

Martín se asombró.

—Adolfo ¿serás tú, acaso?

—Eso es, Adolfo, el mismo. He llegado

en el último convoy de la tarde. Ingresé en filas hace un mes. Fué mi suerte África, y al saber que estabas en esta avanzada solicité la incorporación a ella. No he tenido paciencia para esperar a mañana. He averiguado tu puesto y he salido de mi tienda en tu busca. Todos duermen...

Se estrecharon virilmente varias veces. Y ocultos entre las chumberas comenzaron un diálogo rápido, cortado, quitándose la palabra el uno al otro, ánciado Martin por una enorme ansia de saber.

—Saliste del pueblo...

—Hace dos meses.

—¿Y mi padre?

—Tan fuerte.

—¿Y mi madre?

—Tan firme.

—¿Y Tónico?

—¡Si lo vieras!... Ha dado un estirón de un palmo. Y Fuensanta, tan guapica.

—Oye... ¿y el señor cura?

—El señor cura sigue con la manía de dar a los pobres lo suyo y lo ageno, con lo que no logrará más que hacernos pobres a todos.

—Es un santo. Oye... ¿y los amigos?

—Antonio se casó. Ernesto y Felipe siguen tan revoltosos. Paco, ¿te acuerdas?, comenzó a malear y se murió. .

—¿Se ha muerto Paco? Pobre... Oye... ¿y Rosa?

—Se fugó con el Rufó.

—Oye... ¿y María?

Al fin se había atrevido a preguntar por ella.

—¿María? Pero... ¿es que no lo sabes? ¿No te lo han escrito? María es mi novia.

Se quedó Martín sin voz. No pudo decir nada. Una exclamación de asombro se le ahogó en la garganta seca, como estrujada por una mano invisible.

Adolfo, cuchicheando, continuó casi al oído de su amigo.

—Estamos entendidos desde unos meses después de venirte. Parecía que la galanteabas, y luego la dejaste colgada. Yo mismo hubiera apostado que la querías, Martín, pero se ha visto que no. En cuanto vuelva nos hemos de casar. Nuestras familias ven esto muy bien, y, sobre todo, que

ella me quiere muchísimo. Eres buen amigo nuestro y te alegrarás.

Hablaba de buena fé Adolfo, que no veía la cara de Martín, donde se iba marcando la huella de una tortura suprema. Y al fin pudo éste decir con voz ronca:

—¿Estás seguro de que te quiere?

—¿Por qué me lo preguntas?—respondió Adolfo, un poco extrañado.—Puedo enseñarte, si quieres, cartas de ella. En todas dice que soy su vida de un modo ingenuo y sencillo donde se vé la verdad.

Sintió Martín morírsele el alma. Una infinita desgana, un horrible pesimismo se apoderó de él como un maleficio aletargante; desvaneciase la gran ilusión de su vivir, el oculto motivo que le mantuvo firme, a través de las penalidades de la campaña. Vió con espanto que su familia, su pueblo y sus padres eran nada para él junto a María, a su recuerdo, a su cariño, que no era suyo, que jamás sería ya suyo. Y quiso quedarse solo para tenderse cara al suelo y llorar largamente, y desear morir también.

—Vete—dijo a Adolfo.—La luna está sa-

liendo. Es posible que te vean. Mañana hablaremos más de allá.

En efecto, la luna en creciente asomaba su fría luz por encima de las cumbres orientales, y una vaga claridad astral comenzaba a inundar el valle.

Cambióse en azul profundo la profunda negrura celeste. Recogieron las estrellas en sí sus más vivos destellos, y algunas pequeñas pareció que se apagaban. Brotaron de la tierra imprecisos contornos de rocas, de árboles, de tiendas de campaña. Una de éstas, más cercana, era como una puntiaguda mancha de niebla o como un humo blanco que naciera del suelo. Y en lo alto de un picacho encendióse una rojiza hoguera, tal que una alucinante señal desconocida.

Adolfo se dispuso a ponerse en pie. Y al mismo tiempo surgió tras él una sombra destacándose de las chumberas, una sombra alta y recia que avanzó en dos saltos...

Martín y Adolfo apenas tuvieron tiempo para advertir lo que iba a suceder. Adolfo

echó mano a su machete. El otro ni aun pudo coger el fusil.

Entonces Martín pudo ver a la tenue luz lunar cómo un brazo musculoso empuñando con su mano de garra un agudo cuchillo morisco se alzaba sobre el pecho de Adolfo... Saltó elásticamente, se puso ante su amigo cubriéndolo, abrió los brazos, ofreció su cuerpo a la brilladora hoja que se abatía con brutal fiereza en busca de corazones cristianos que morder... Y en el generoso corazón de Martín se hundió el cuchillo, como en un tibio estuche rojo y palpitante.

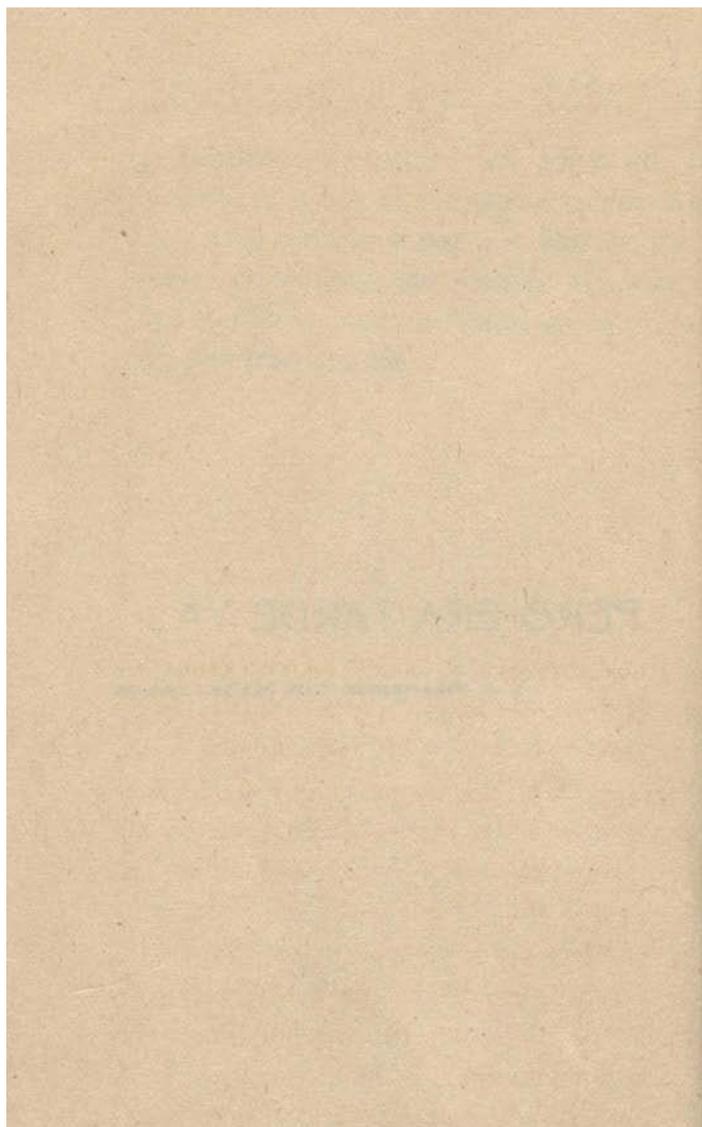
Huyó el asesino por donde vino, cauto y rápido, sin que le alcanzase el disparo que hizo Adolfo, luego del primer asombro estupefaciente. Y cuando el soldado se inclinó sobre el cuerpo de su compañero caído, oyó que éste apenas podía decirle.

—Ese golpe... iba para tí... pero ella te quiere... y lo he recogido... Sereis felices... No te olvides de hacerla saber que la quise tanto .. que dí mi vida... para que ella fuese dichosa...

Despierto el campamento por la alarma poblóse la noche de temerosos ruidos. Agonizaba el silencio al par que Martín, y acabaron de matarlo las sonoras lanzadas de los clarines, mientras Adolfo ponía un beso en una frente yerta...

PERO ERA TARDE YA...

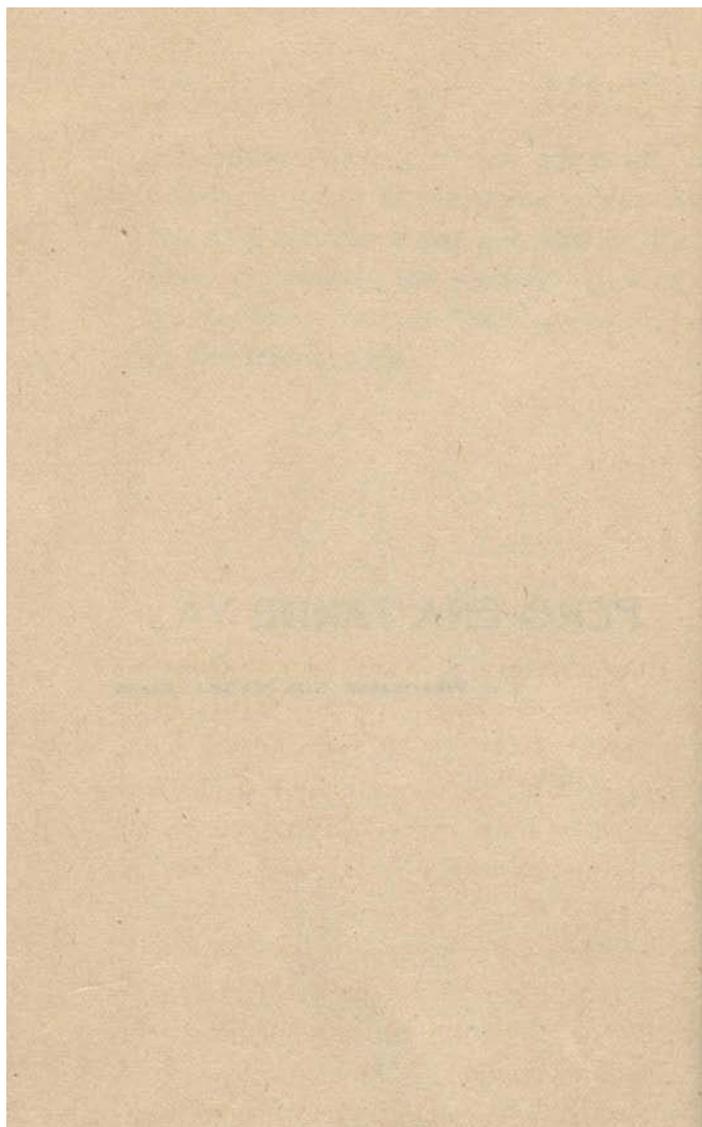
A D. FRANCISCO ROS MANZANARES



I

Encendiéronse al mismo tiempo todos los arcos voltáicos dispuestos a lo largo de la suntuosa avenida, y los escaparates de las joyerías tentadoras, parecidos a deslumbrantes y frías hogueras. Aún quedaba en lo alto un desvaído reflejo crepuscular, entre azul y violeta, por sobre las cúpulas de los palacios y las esbeltas torres gemelas de San Sulpicio. Y el ritmo vital de la gran ciudad se aceleraba en esta hora de la iniciación nocturna.

Josefina y su madre—D.^a Elena—marchaban lentamente por entre la indiferencia



I

Encendiéronse al mismo tiempo todos los arcos voltáicos dispuestos a lo largo de la suntuosa avenida, y los escaparates de las joyerías tentadoras, parecidos a deslumbrantes y frías hogueras. Aún quedaba en lo alto un desvaído reflejo crepuscular, entre azul y violeta, por sobre las cúpulas de los palacios y las esbeltas torres gemelas de San Sulpicio. Y el ritmo vital de la gran ciudad se aceleraba en esta hora de la iniciación nocturna.

Josefina y su madre—D.^a Elena—marchaban lentamente por entre la indiferencia

de la multitud afanosa, como si no supiesen donde ir. Vestían ambas negro traje, y bien que se notaba en sus rostros la huella de un gran dolor, tal que la pérdida de alguien muy querido.

D.^a Elena, más avejada que vieja, con el rubio cabello sembrado de hilos blanquecinos, era una de esas mujeres de simpática y noble presencia a quienes parece que la pena se les ha cuajado en los ojos como un agua sucia y helada. Y, sin embargo, hacía que no lloraba mucho tiempo, acaso porque agotó sus lágrimas ya.

En cuanto a Josefina... No se hubiera podido decir que era, en verdad, bonita, y parecíalo, no obstante. Grande su boca, pero fresca y roja. Chicos sus ojos, pero vivamente iluminados por no sé qué grata y bondadosa luz. Y había en su cuerpo una graciosa armonía casta, mal disimulada por las pobres vestiduras de corte provinciano.

Era el principal encanto de la muchacha la extraordinaria frescura de su tez, cada día más lozana a despecho de todas las privaciones y sinsabores. Hijo del matrimonio

de la salud con los veinte años, aquel encendido color de las mejillas de Josefina semejaba la suave pelusa de una fruta dulcísima cuya pulpa fuese de rosas, y de sangre en los labios, y de nácar en la comba impecable de la frente... Si cualquier emoción apagaba estos rubíes en labios y estas rosas en rostro, entonces Josefina era como una primavera andaluza a la que se quitara el sol. Y ved si merece todos los afectos esta pobre mocita que sabiendo ella eso jamás pensó en darse carmín, por lo que algunas veces parecía fea quizás...

Llegaban madre e hija a la Plaza del Obelisco, allí donde arrancan las cuatro grandes calles que parten la urbe en igual número de distritos. Y al pasar de una acera a otra, Josefina apretó un brazo de doña Elena diciéndole.

—¡Oh, mamá, mira!

Le señalaba un carruaje descubierto que pasaba despacio, ocupado por un anciano señor.

D.^a Elena, en viéndolo, pareció inmutarse. Luego dijo:

—Tiene toda la cara de tu padre.

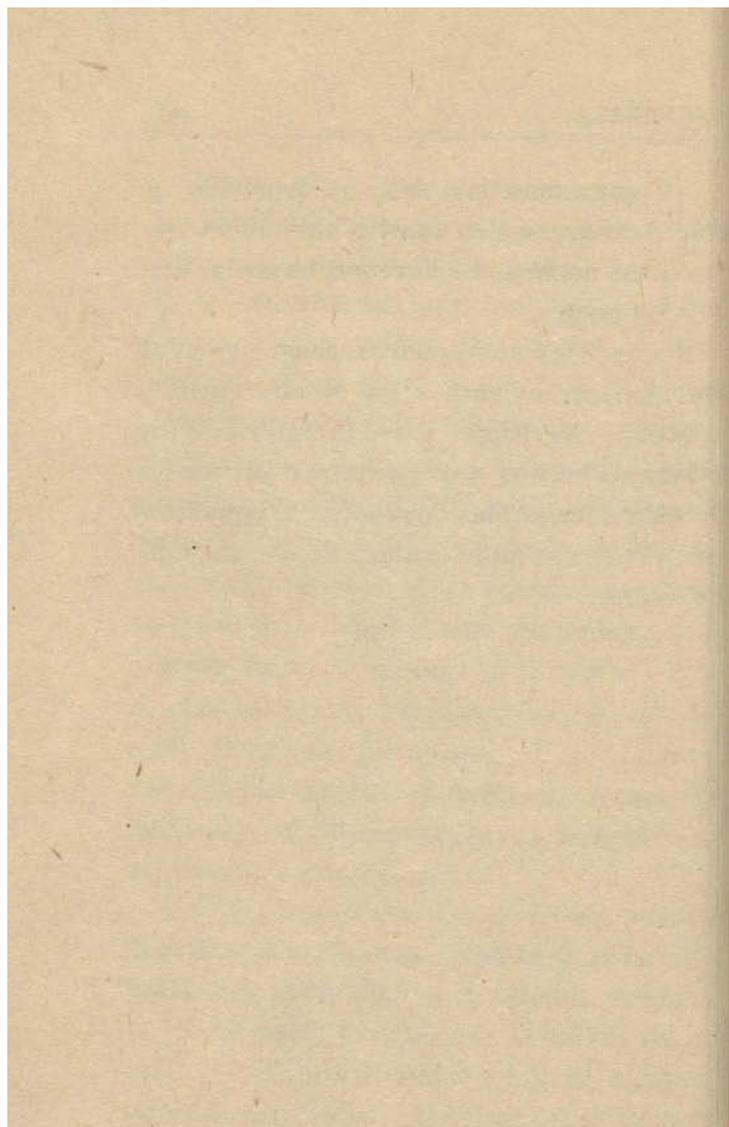
—Sí, mamá; toda su cara—, bisbiseó la muchacha, empalidecida también.

Y ya no hablaron más, absortas en el recuerdo del muerto bien amado que este encuentro avivaba fuertemente, y de la penosa enfermedad que acabó con los modestísimos ahorros amasados a fuerza de tantas privaciones, y de aquella acuciante necesidad moral y material que sintieron ambas mujeres de abandonar el pueblo—donde el viejo cerró los ojos y ellas no podrían encontrar decorosa manera de subsistir,—por la populosa urbe cosmopolita, allí donde tanto campo hay para todo. . Y en la rumorosa ciudad estaban ya hacía dos meses, finalizadas sus últimas reservas monetarias, esperando no sabían qué...

Volvían esta tarde a su apartado hospedaje desvanecida una esperanza más, sin hallar por parte alguna el deseado acomodo. Poco antes de entrar en la calleja de la casa de viajeros, madre e hija se miraron como consultándose. Estaban cerca de una panadería. D.^a Elena sacó de su bolsillo una moneda de cobre y dijo a Josefina:

—Compremos, hija mía, un panecillo, y con él cenaremos en nuestra habitación, como otras noches. Así haremos bajar la pensión un poco...

Y a oscuras en su cuarto, pensando en el eternamente ausente y en el amenazador porvenir negrísimo, y en lo estéril de los esfuerzos hechos por encontrar un medio de vida decente, las dos mujeres comenzaron a comerse aquel pedazo de pan mojado en llanto...



II

Por la mañana, luego de un sueño inquieto, Josefina se despertó antes que su madre.

Haciéndose el breve tocado, encontró sobre la mesa de noche un trozo de periódico.

La mirada de Josefina tropezó en aquel papel con este letrero: «Señoritas».

Y a continuación leyó:

«Se desean jóvenes bien parecidas y con antecedentes irreprochables, para cubrir seis plazas vacantes en el mostrador de la confitería «Moderna», Real 88. De 2 a 4.»

El corazón le dió un salto de alegría. No

podía llegar ésto más oportunamente. Luego se quedó pensando un rato. Acaso no fuera del agrado de mamá; pero... imposible seguir así... Ya estaba bien visto que no se encontraba lo que ellas creyeron al principio fácil: señorita de compañía, ayudante de un colegio, lecciones a domicilio... Y la espera se hacía imposible.

...Y esta confitería «Moderna» era un establecimiento serio, de clientela escogida, aristocrática, una tienda suntuosa toda llena de espejos y de luces y de dulces y exquisitas chucherías. Recordaba Josefina haber visto tras el mostrador de mármol, vestidas de negro con graciosos manguitos blancos, tres o cuatro lindas muchachas que acaso ganaran buenos sueldos a costa de muy poco trabajo. «Se desean jóvenes bien parecidas»... Y se decidió, luego de mirarse al espejo y no encontrarse fea del todo...

No dijo nada a su madre, sino que en siendo las dos, y luego de hacerla echarse a dormir la siestecita mientras tejía ella encaje, dejó ésto apenas la vió dominada por

el cansancio y salió hacia la confitería segura de obtener una de las vacantes.

En la cálida y quieta hora, llenas las calles excéntricas de oro de sol, de silencio y de paz, fulgía el cielo immaculado por sobre ellas, transparente y profundo, como una sonrisa de luz del Sur...

Muy pronto notó Josefina que era seguida por un hombre alto, de cierta edad, bien vestido de gris... Vivía enfrente del hospedaje. No era la primera vez que había ido tras de ella, y algunas tardes antes atrevióse a llegar hasta la muchacha deslizando en su oído palabras que aunque no entendió bien, le dieron miedo. Y pensando en «aquello», se afirmó en su propósito y aceleró el paso.

No tardó en llegar. Cuando entró en la tienda iba palidísima. La emoción retenía toda la sangre en su pecho. Y estaban apagadas las rosas de la cara y el carmín encendido de los labios.

Junto al mostrador había un hombre gordo. La mocita se dirigió hacia él.

—Señor...

—¿Qué desea Vd., joven?

—¿No necesitan Vds. una señorita para el mostrador?

—En efecto; acaso Vd....

—Ocuparía ese puesto con gusto.

El hombre gordo miró a Josefina con frijeza. Josefina se puso más pálida aún. Y fué como si se apagara todo el sol de la primavera andaluza de su rostro; y entonces parecieron más chicos sus ojos y más grande de su boca.

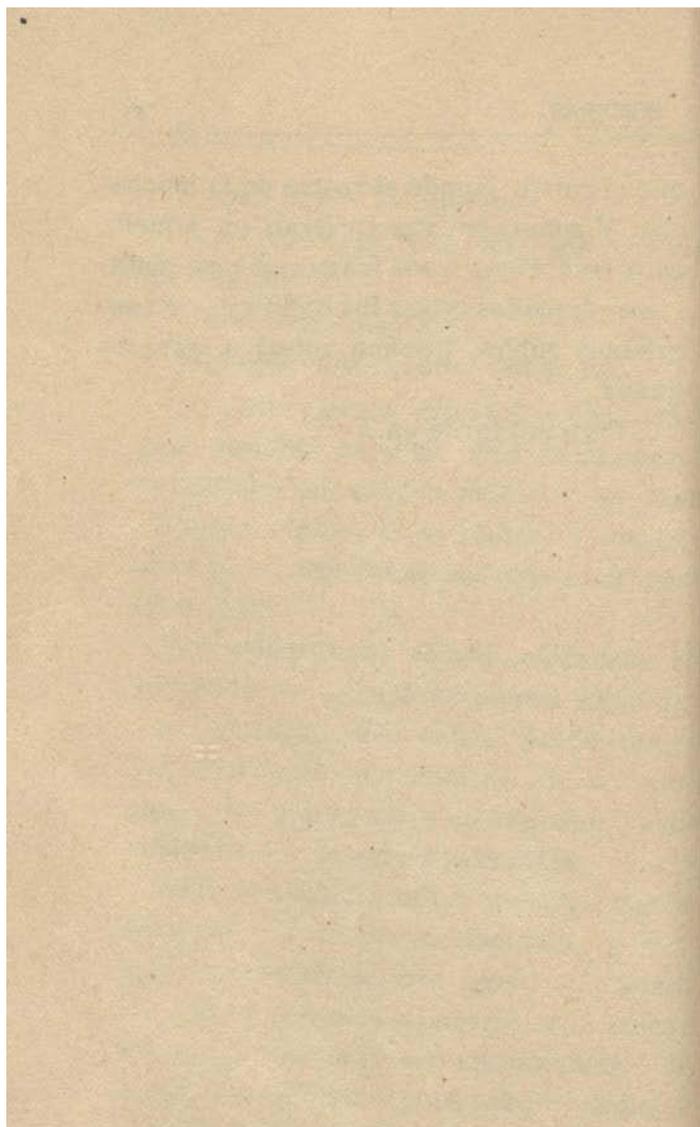
El hombre gordo seguía mirándola con inquisitivos ojuelos de serpiente. Al fin dijo:

—Señorita... Vd. sabrá perdonarme... Vd. no es todo lo bonita que necesitamos aquí... La galantería y mi negocio... están reñidos...—Y le volvió la espalda.

Salió a la calle Josefina sin saber qué pasaba por ella. Estábala esperando el hombre bien vestido de gris, quien se le acercó decidido y comenzó a hacerle en voz baja no sé qué insinuaciones abominables... No tenía ella alientos para decir nada, ni fuerzas para rechazarlo, y el hombre bien vestido siguió a su lado hablándola, hasta

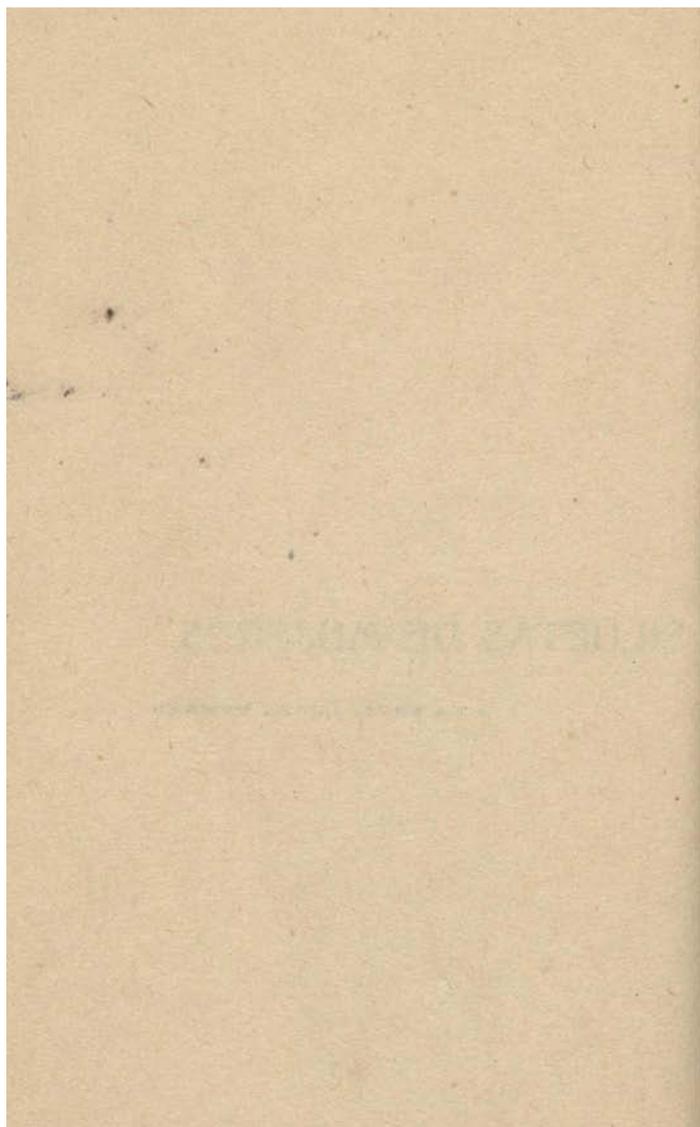
que el rubor inundó el rostro de la muchacha. Y como otra vez abrieran en aquella cara las frescas rosas fragantes y se pintaran en aquellos labios los habituales y sangrientos rubíes, Josefina tornó a parecer guapa.

...Pero era tarde ya...



SILUETAS DE MUJERES

A LA SRTA. ÁUREA PARRAS



ROSARIO

Siempre tienes tu boca sensual y sangrienta—luz del ocaso, púrpura, corales—estremecida por la risa de la banalidad. Y nadie ha visto húmedos tus ojos, acaso porque ignoras que la suprema belleza de una mujer está en las breves lágrimas que hacen brotar de su alma esas nimias y delicadas causas que son los versos de un poeta o los gemidos de un violín...

Paseas indiferente tu risa escandalosa por entre todos los dolores humanos, como una de esas reinas enjoradas y crueles que in-

sultan con diamantes a la miseria de sus esclavos... Y es tu risa una música tan falsamente dulce, y está tan apartada de la tibia ternura femenina, y es tan loca y tan frívola, que he sentido al oírla un íntimo deseo de llorar...

CARIDAD

Todos dicen que eres cruel, y aun afirman que no tienes corazón... Alguien te ha comparado a esas deliciosas ponzoñas que dan la muerte exquisitamente...

Yo también he creído la leyenda que en tu torno tejieron la envidia y el despecho de todas las mujeres que no son como tú eres, y de todos los hombres que no han podido llegar hasta tí. Yo también te he supuesto ambigua, insensible, orgullosa y cruel.

Y esta tarde, cuando paseabas por la

Alameda tu peregrina belleza, alcanzaste a ver aquel niño enfermo, feo y pobre, cuyo llanto tenía un infinito acento de amargura... Entonces, la femenina bondad de tu alma sintióse conmovida, y como te creyeras sola, has apretado contra tu pecho al pobre niño feo y sucio y lo has besado luego con dulce efusión... Y toda tu leyenda se ha desvanecido como humo pestilente; la leyenda de esta divina mujer cruel que estrecha contra su corazón, en mitad de la calle, a los niños abandonados, sucios y feos...

BLANCA

No sé cual es la causa de tu inmenso poder fascinativo. ¿La inefable voz? ¿El venenoso color de ajeno de tu mirada? ¿La absoluta belleza total que son tu alma y tu cuerpo? A veces causas miedo, como un oculto poder que tuviera toda la feroz fuerza de los ciegos destinos... Porque una vez que has sido contemplada o deseada, ya eres una eterna y dolorosa obsesión, y nadie podrá nada contra tí... Y temo que me pidas con tu voz de sirena el corazón de mi madre, de mi madre santa y buena, de mi

madre única. Yo abriría su pecho, que tanto me adora; yo arrancaría la palpitante viscera que late enteramente para mí con un ritmo dulcísimo. Y cuando me dieras el premio de tus besos, tal sería mi embriaguez, que yo no encontraría en tus labios el sabor de la sangre maternal...

MARIA

Dulce, suave nombre. Dulce y suave nombre sonoro, de céfiro y de miel. ¡Cuántos labios te habrán dicho lentamente, acaso para soñar que te besaban en un desmayo de voluptuosidad!

Tienes blondos, María, los cabellos sedosos, y es tu risa una cálida caricia musical, y llevas encendida siempre en los ojos una pícara y leve chispa de luz... En los ojos verdosos, como fosfóricas luciérnagas... Y no se sabe si esta luz es un faro que nos aparta del mal, o una diabólica y temible

fascinación... Como si en una sola se hubieran fundido la mirada perversa de Cleopatra y la divina mirada celeste de Santa Isabel de Hungría...

MARIA

MARGARITA

Margarita, eres frágil y delicada como una bella y minúscula porcelana de Sevres, y tus manos transparentes y finas, parecen iluminadas por un interno resplandor azul.

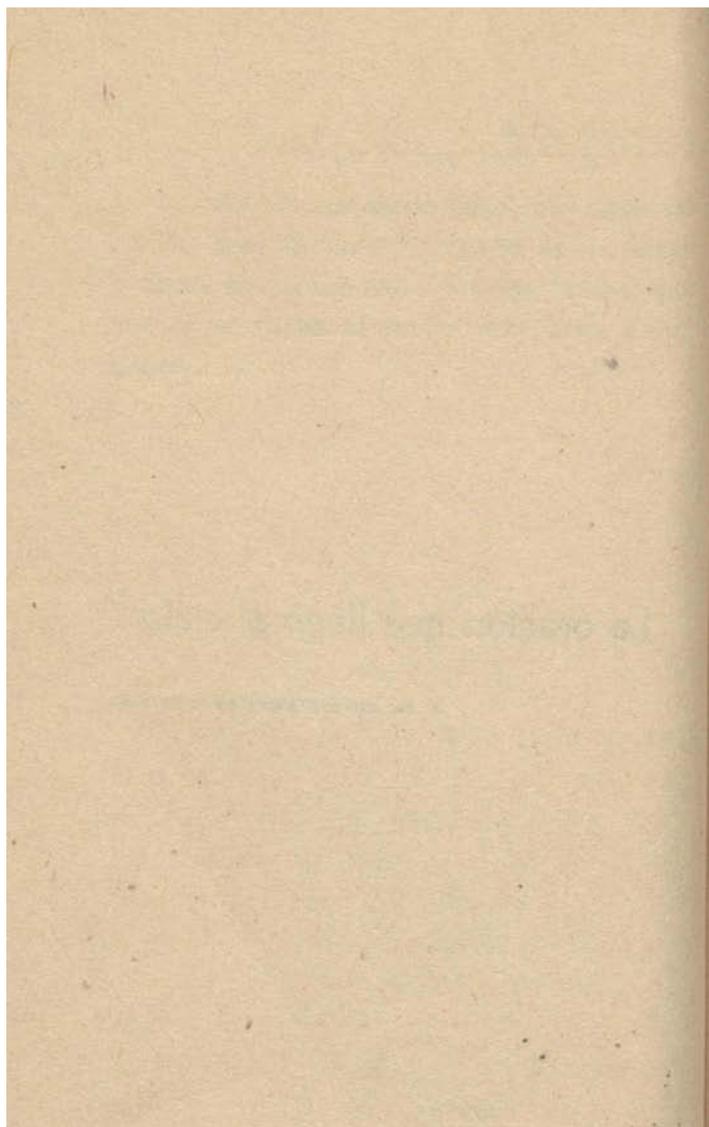
Pálida, intensamente pálida, quizá demasiado pálida algunas veces, eres un rayo de sol—los ojos fulgidores—aprisionado en una rosa de té—la carita enferma—que cierra poco a poco los abatidos pétalos...

Hablas, Margarita, con una dulzura, con un dejamiento, con un mimo que hace llorar... Como si supieras que has de morir-

te sin saber lo que es un beso, y el ansia de cariño que tortura tu carne la tuvieras siempre en los labios... En los labios, que han de cerrarse al otoño, marchitos y vírgenes...

La oración que llegó al cielo

A D. JOSÉ PASCUAL FERRER



Había sido ardentísimo el estío. Llegaba calcinada la tierra al otoño, con hidrópicas ansias; socarrados los rastros, retostados los árboles, deshechos los terrones en un polvo seco y blanco que levantaba en torbellinos la más leve brisa, y en cegadoras nubes axfisiantes el cálido y huracanado viento del Sur. En las postrimerías de Septiembre pasó una rápida tronada amenazante y negra que despertó los dormidos ecos de la llanura con un redoblar pavoroso, dejando apenas la huella de unos an-

chos goterones en los pámpanos del viñedo y en la tierra del camino. Y estos días de Octubre, ya acortados, sucedíanse diáfanos y secos, con ambiente de agostaña calina. Quizá la madrugada ponía unas minúsculas gotas de rocío en las sedientas hojas; pero esto era tan poco... Y luego, aquel sol poderoso, implacable, enviando su dorada lumbre a través de la clara y transparente atmósfera, sin una nubecilla, sin una niebla, bellamente, trágicamente azul...

Llegaba el polvo de la sequía angustiosa hasta el mismo arroyo humilde cuyas márgenes orlaban juncales y cañizos color de paja y algunos altos árboles desnudos, y cuyo lecho era ahora un caminito de blancas piedras redondas sobre la seca arena. Y llegó Noviembre sin que sonara la dulce música del agua discurriendo saltarina por el cauce...

Ni una mancha verde en todo el llano. Ni un vellón blanco en la alta bóveda, toda profundo, cristalino añil sobre la gran extensión gris-blancuecina de la tierra. Pasaba por las cosas un aliento de fiebre. Ha-

bían perdido las arboledas sus hojas ya. Y eran sus negras ramas cual brazos implorantes de la lluvia benéfica, que no llegaba...

Algunos labradores prepararon las tierras, como siempre; otros hasta las habían sembrado con deseos de aprovechar la primera turbonada; los más, esperando, esperando, veían llegar estos días del mes penúltimo sin ararlas siquiera. Y todos miraban desolados el tristísimo aspecto de los campos, sin una yerbecilla, sin un rastrojo, como trasuntos de una estepa arrasada o de un estéril arenal.

No llovía, no. ¿A quién se le ocurrió primero que «aquéllo» era castigo de Dios? ¿Cómo se abrió camino en las rudas mentes esta idea, llenando de temor los corazones y haciéndoles recordar el abandono casi impío en que tuvieran mucho tiempo las cosas del cielo? Y comenzaron unos a otros a echarse la culpa de que fuese viejo el manto de Nuestra Señora de los Llanos, y de que solo hubiera en la torre de la ermita un esquilón cascado, y de que el tejado de la ermita misma estuviese tan mal

que cayeran goterones, cuando los temporales de invierno, dentro del sagrado recinto.

—No llueve—dijo en cualquier parte una de esas viejas que parecen brujas—porque si lloviera se mojaría la Virgen, y el Señor nos castiga este abandono, y el de no haber cambiado la campana que cascó el rayo...

Cuando sucedió este percance en la tormentosa primavera pasada, había tratado el Sr. Cura de hacer una colecta para refundir el bronce rajado. Primero habló al tío Bernardo.

—Tío Bernardo, le he puesto a Vd. un duro para la campana nueva.

Y el requerido contestó.

—Déjeme Vd. de campanas, padre. Lo que yo necesito es que cierna bien la viña, no que me asorden con los repiques.

Ahora fué el tío Bernardo quien buscó al Sr. Cura y le dijo:

—Sería bueno, padre, que fundiéramos ese cascajo de la torre; tome Vd. cuatro duros. Y que sigan los demás...

En dos semanas estuvo listo el esquilón

sonoro, y casi al mismo tiempo el nuevo manto de Nuestra Señora, con mucho dorado y mucha seda y muchas piedras brillantes y falsas; también en estos días se retechó la ermita. Y así llegó el final de Noviembre, sin llover...

Esto era, en verdad, excepcional. Entraba el mes de la Natividad con tiempo frío, pero seco y cortante. Heló algunas noches, y amanecían las tierras como cristalizadas, crujientes y duras. Tocaba ya a su término la provisión de agua de los moriscos algibes, y se redujo a la mitad el caudal de los escasos pozos del término. Llegaron hasta secarse algunos. No recordaban caso semejante los más ancianos. Y una angustia supersticiosa, inconfesada, algo como un vago terror milenario de cosas extraordinarias, sobrenaturales, se fué apoderando de estas gentes que en las horas de abundancia se vanagloriaban de su falta de fé y ahora querían tenerla, y acaso—pensaban con íntima zozobra—era tarde para recobrar el tesoro perdido.

Y uno de aquellos que en los buenos días

más alardearon de descreimiento, el «socialista» tío Bernardo—que era usurero del doscientos por uno además de libre pensador—fué el primero que se atrevió a formular la idea que bullía tiempo ha en el cerebro de todos.

—Sr. Cura, ¿por qué no sacamos en rogativa a la Virgen?

—Como queráis, hijos míos.

Se hicieron enseguida los preparativos con entusiasmo. Y el nueve de Diciembre, una hermosa y diáfana mañana de sol, echaron a la Virgen por enmedio de los campos empolvados y ardorosos, envuelta la sencilla imagen en su nuevo manto refulgente, de una primitiva suntuosidad. La muchedumbre, palpitando de esperanza, rodeaba el trono, ingenuamente adornado con olorosas flores humildes traídas desde muy lejos. Y era el cielo de un imponderable azul, un poco desvanecido sobre las agrias cimas de la sierra, cuyas cumbres violeta recortábanse al Norte.

La Virgen de los Llanos miraba la campiña con sus cándidos ojos. Marchaba en

su trono lentamente. Las gentes la precedían, la seguían, la rodeaban en compacto grupo. Y le hablaban así:

—Madre mía, haz que llueva pronto; yo sembraría mis campos,

—Virgen santa; si no llueve se secarán mis viñas.

—Señora, salva mis naranjos, que se mueren de sed.

—¿No te dá lástima de mi campo, Madre? Si llueve sacaré de él cien fanegas, Madre mía; te ofrezco una.

Pedían así porque en los buenos tiempos se olvidaron de rezar y no sabían en éste recordar las viejas plegarias. Y como a tales peticiones les faltaba la fé y les sobraba el egoismo, en vez de subir al cielo, caían pesadamente a los surcos, como pájaros muertos, a los áridos surcos agostados.

Iba en la comitiva con paso vacilante un pobre viejo, el único del pueblo que no poseía tierra alguna. Vivía de limosna, porque ya no podía trabajar. Y llevaba de la mano a su nieto, un niño de tres años apenas, vestido humildemente. Se le partía al

anciano el corazón viendo el aspecto de la campiña, y el del viñedo que fué suyo y era ahora del tío Bernardo, quien usurariamente se había quedado con él.

—Dios mio—dijo el viejo—haz que acabe esta sequía y que todos puedan sembrar sus tierras y que no se muera este pedacico de viña del tío Bernardo.

Luego se volvió al niño:

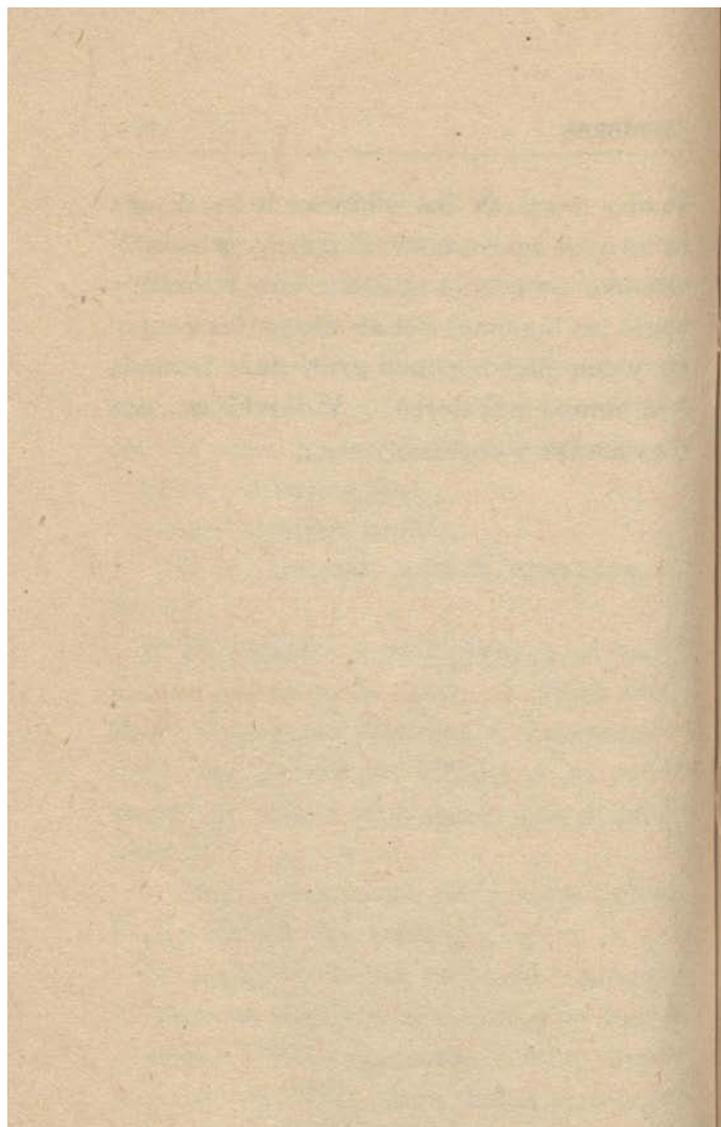
—Reza, hijo mío, a la Virgen para que llueva.

El niño tampoco sabía rezar, y en ésto se conoce que no tenía madre. Y abrió asombrado sus anchos ojos azules, y comenzó a decir cuanto era su ciencia y su saber, aprendido quién sabe dónde por intuición angelical.

— «Padre nuestro que estás en los cielos... Padre nuestro que estás en el cielo...»

He aquí todo lo que balbució el niño con su vocecita de plata, de cristal y de fuente, mientras lloraba el abuelo. Y estas breves palabras bastaron para hacer el milagro, porque aquel fragmento de oración se clavó en el diamante del cielo como un dardo

de oro, mientras las súplicas de los demás caían a los surcos como alondras sin vida. Y el Señor escuchó a la dulce voz infantil; y cogió las lágrimas del abuelo, y las evaporó, y con ellas hizo una gran nube fecunda y la mandó a la tierra... Y llovió muchos días mansa y copiosamente...



ENRIQUETA

A D. RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL

ENRIQUETA

ENRIQUETA

I

Enriqueta soltó el brazo de su marido, en el que iba apoyada lánguidamente, y dió un delicioso gritito de asombro.

—¡Oh, Carlos!

—¡Enriqueta!

Un elegante joven de abierta fisonomía saludable acercábase al matrimonio, sonriendo como halagado, galantemente en la mano el sombrero.

— Juan, tengo el gusto de presentarte a

mi antiguo amigo D. Carlos Ruiz. Carlos, mi esposo Juan del Alamo.

La voz argentina de la hermosa mujer quedó vibrando en el aire, como una música armoniosa.

—¿La encuentro a Vd. casada? inquirió Carlos, luego de una rendida reverencia.

—Así parece—contestó Juan sonriendo.

Y ambos hombres se dieron las manos con efusión, ante las miradas de Enriqueta, llenas de maliciosa luz...

Pasearon los tres largamente por la dorada playa, muy cerquita de los espumarajos blanquecinos de las olas, frente al inmenso horizonte marino, todo diafanidad azul. Luego, al despedirse—cuando ya Juan y Carlos eran buenos amigos, y Carlos y Enriqueta, a través de una conversación vulgar, habían estado recordando su noviazgo,—el marido habló.

—Esperamos a Vd. luego, para cenar.

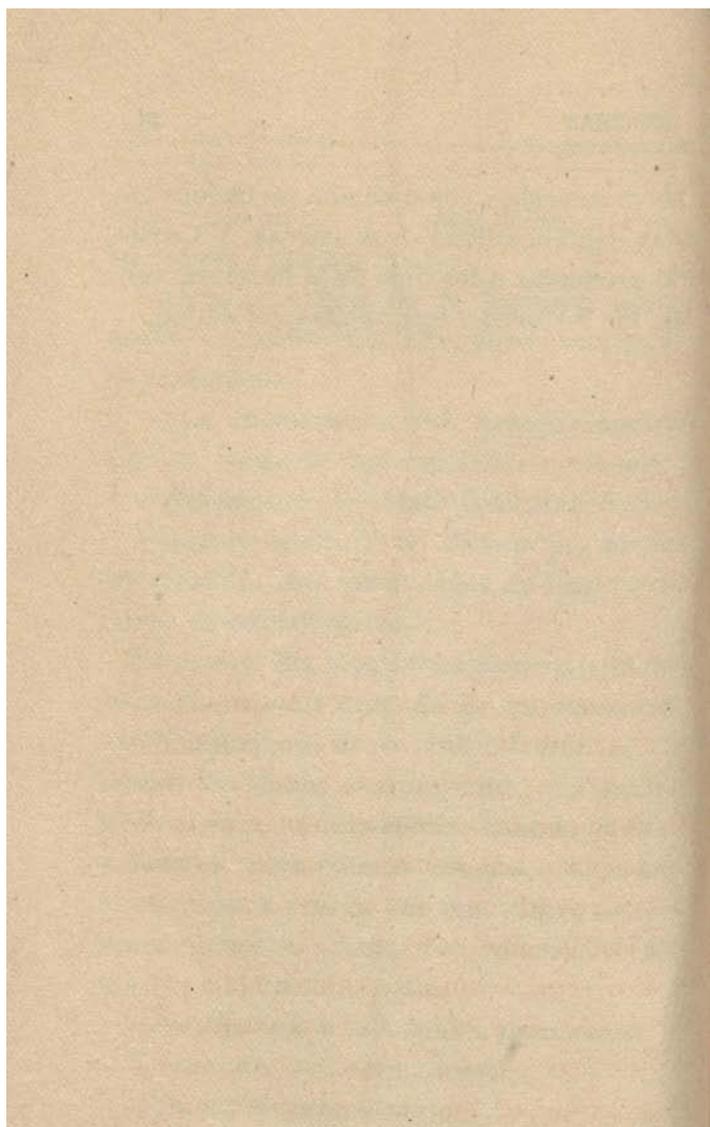
Y corroboró ella con alegría.

—Sí, sí, le esperamos a Vd.

¡Qué encantadora su insistencia!

Al darle la mano, oprimió la de él con

fuerte suavidad, como en una turbadora caricia equívoca llena de promesas. Y Carlos vió asomadas a los ojos de la hermosa mujer, las fosforescentes pupilas del diablo.



La casa de Enriqueta, está situada sobre el acantilado bravo y negro, allí donde las olas de las tormentas babeaban de rabia, allí donde en las calmas el mar es un arrullo caricioso. Las ventanas de la fachada principal se abren a un rumoroso jardín florido. Por la opuesta parte, dan los balcones al precipicio mismo... ¡Qué amplia perspectiva de este lado! Leguas y leguas de mar, de mar y cielo... Una gaviota, el humo de un buque que la lejanía esfuma, la nítida mancha de una vela latina, y mucho

azul arriba, y mucho azul abajo, como dos espejos que recíprocamente se mirasen. Y al pie de los balcones, allá en lo hondo, la sima profundísima que da un poco de miedo aun en plena luz, toda erizada de cortantes aristas entre las que el oleaje hierva sin descanso con jaderar de monstruo. ¡Nada más sublime que la tormenta vista desde estos balcones abiertos al abismo, sobre los zarpazos salobres que hacen trepidar a los peñones graníticos y los van deshaciendo lentamente, los ingentes peñones que parecen eternos!

III

Llegaba Carlos, ya anochecido, a la casa de Enriqueta. Juan estaba en la ciudad. No regresaría hasta las doce. A las diez había otro tren, pero no podría venir en él. Todo ésto se lo había dicho por la mañana ella, quedamente, en la playa...

¡Qué rápidas habíanse sucedido las cosas! Apenas quince días desde aquel inesperado encuentro, y ya... ¡Oh, liviana mujer esta Enriqueta! Liviana, pero hermosísima. Y temblaba Carlos de dicha al pensar en que lo esperaba, y también de repugnan-

cia recordando que anduvo muy cerca de casarse con ella, y ahora quizás él estaría en la ciudad, y Juan,—u otro cualquiera—subiendo estos escalones... Sintió de pronto el deseo de volverse ¿No iba a una infamia? Se detuvo, indeciso, en la puerta del jardín ya. Pero se oía la risa sensual y caliente de ella. ¡Adelante!, gritó la médula...

...Extinguía el último vestigio del crepúsculo. Cerraba la noche, de impenetrable obscuridad densa, sin luna, sin estrellas también, por obra de las nubes tormentosas. De tarde en tarde, en la lontananza, encendiase la luz efímera de un relámpago. En las peñas del acantilado mugía sordamente el mar. Arriba, por el balcón abierto, salían volando, en busca de la noche, risas, besos, suspiros... Salían volando con alas membranosas de murciélagos malditos, no con la pluma suave y cándida de los pájaros buenos. Y el diablo reía...

IV

Sonaron en un reloj, argentinamente, las diez.

No mucho después, alguien llamaba a la puerta del jardín con fuerza de familiaridad.

Enriqueta desanudó de su cuello los brazos de Carlos; por la ventana preguntó con voz serena.

—¿Eres tú, Juan?

—Abre, yo soy—contestó la recia voz del marido.

Carlos se puso lívido. A Enriqueta le

temblaron los labios un segundo; luego gritó:

—Juan, espera un instante.

Enmediode su terror, Carlos quedó asombrado al oír el claro acento con que ella pronunció estas palabras. Luego Enriqueta se acercó a él sonriendo, le dió el último beso y le dijo:

—Salta por el balcón; la marea se ha retirado ya; está un poco alto, pero salta sin miedo, porque hay abajo arena, y no te harás nada...

—¿Ha descendido la marea?

—Sí, salta pronto.

—¿Hay abajo arena?

—Sí, sí, salta sin miedo...

Este diálogo, muy rápido. Carlos, temblando de pavor. Enriqueta, serena y persuasiva...

Dudaba él. Juan llamó de nuevo, acuciosador. Y ella, dulcemente:

—¡Qué tonto eres, Carlos míol ¿Te diría que saltases, si no estuviera segura de que no te harías daño? Antes preferiría que él entrase y me matara. ¡Qué inmensa dicha

dar mi vida por tí!... Pero hay abajo una blanda playa. Salta sin temor. Yo misma salto a veces, por juego...

Sonrió, quizás de la mentira, quizás de ver cómo Carlos se decidía a ponerse de horcadas sobre el barandal del balcón. Entonces Enriqueta le empujó con fuerza; y en cuanto hubo sentido el golpe de Carlos contra las agudas peñas del fondo, corrió a recibir a Juan, gozosamente...

—Entra, pobrecito mío... ¿Te hice aguardar? Como no te esperaba aún y está la noche tan fea, tenía un poco de miedo. ¿Me perdonas, maridito bueno?

Jamás mujer alguna supo dar a su voz más limpio y tierno acento, claro, casto, mimoso, de una imponderable serenidad. ¡Qué feliz Juan, sintiendo la caricia de estas palabras, como un terciopelo tibio y suntuoso en que arropar el corazón!

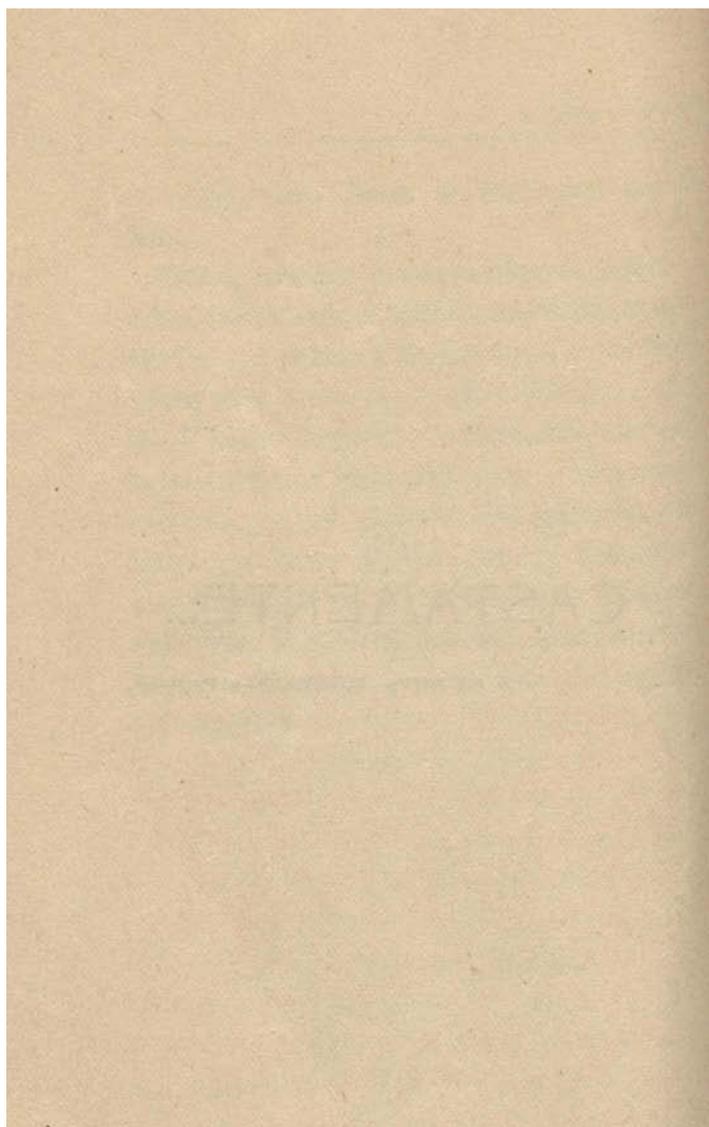
Se acercaba la tormenta, y eran los relámpagos más frecuentes e intensos. Temió Enriqueta que su marido se asomara al balcón y la lívida luz le hiciese ver algo en lo hondo, informe y sangriento...

—Oh, cierra, Juan; la tormenta me da frío...

Sintió, con una inmensa alegría infernal, cómo las primeras olas gigantes llegaban a barrer las peñas, a llevarse a Carlos lejos, quién sabe a qué apartada costa desconocida. Y como de pronto le pareciera oír entre la voz del mar algo impreciso y horroroso, un lamento, un suspiro, una maldición, comenzó a besar a Juan con la insistencia y la fuerza de los primeros días, con una perversa sabiduría además, para aturdirlo, para inflamarlo, para que no pudiera oír «aquello»...

CASTAMENTE...

A LA SRTA. HORTENSIA PARDO



El pequeño hospital de Luzalba,—la breve ciudad riente— está rodeado de un frondoso y oloroso jardín que lo abriga y perfuma. En tiempos tuvieron aquellos boscajes de rosas, que las monjitas de la Caridad —las piadosas monjas buenas— ofrendan a la Virgen, un jardinero llamado Perico.

Cuando Perico tenía doce años era un muchachote fresco y fuerte, rubio, claramente encendidos sus cabellos, azules los grandes e ingenuos ojos, siempre riente y activo. Él hacía sólo todas las precisas fae-

nas de jardinería, desde que su padre quedó inútil, siempre sentado en el arcaico sillón. En cuanto a la madre de Perico, se fué al cielo poco tiempo después de venir él a la tierra. Perico no sabía qué divino sabor tienen los besos de las madres.

Como era tan bueno y tan guapo, y como cuidaba con tanto esmero los punzantes rosales de fragantes rosas, las hermanitas querían mucho a Perico el jardinero, especialmente Sor Rebeca, aquella jovencita cuya espléndida belleza apenas podía disimular el negro hábito. ¿Qué amargas cosas, qué íntimas tragedias, qué catástrofe sentimental, o acaso qué viva llama de ansias celestiales hicieron monja a Sor Rebeca?

Siempre que Sor Rebeca pasaba junto a Perico, saludábale con voz musical y estremecida, y quizás le hacía preguntas sobre nimias cosas que el jardinero contestaba tímida y torpemente.

Aunque él rehuyera por infantil vergüenza estas conversaciones, sentía una inexplicable tristeza cuando la monja no le decía nada. Y nunca pudo olvidarse de una vez

que Sor Rebeca le tomó suavemente la barbilla, como si hubiera querido besarle. Y el deseo de maternales mimos que estaba latente en Perico quedó defraudado cuando Sor Rebeca no le dió aquel beso, que hubiera sido de angel, y un poco de madre también...

Juan, el hombre brutal y rudo que alguna vez llevaba al jardín del hospital su viejo carro cargado de abono, si casualmente pasaba junto a Sor Rebeca, hacía el torpe elogio de la hermosa monja con feas palabrotas que las interjecciones adornaban, bien que procurase no ser oído de ella.—Esto es una mujer, leña!—Y alguna vez expresó su admiración así: —¡Por esta mujer, leña, me hacía yo cura o fraile!—Adviértese que la suprema ambición de Juan era comer diariamente *salchichón de Obispo*.

En cuanto Juan pudo advertir lo que gustaba Sor Rebeca de Perico,—y Dios sabe con qué lentitud se abrió camino esta idea en la dura testa del *comedor de mitrados*—, toda una muchedumbre de turbias deducciones brotó de aquella cabezota, como una

cenagosa fuente pestilente.—«¡Miren ustedes la mosquita muerta, como sonsaca a la criatura! ¡Estará ya harta de frailucos, y ahora me quiere maliciar a este crío!»

Un día Juan habló al pequeño jardinero así: —Oye, Perico; allí tienes a tu monja.

En efecto, Sor Rebeca estaba sentada entre unos floridos rosales rojos, con los candidos ojos hermosísimos absortos en lejanas contemplaciones.

—Tú ya no eres papel blanco, y a mí no me la das ni con queso. A tí te gusta la monja esa; no me digas que nó.

—Sí que me gusta Sor Rebeca,—contestó Perico.—Es muy buena y muy guapa.

Hablaba su inocencia de niño, sobre cuyo diamantino cristal resbalaban, sin rayarlo siquiera, las bárbaras insinuaciones de Juan.

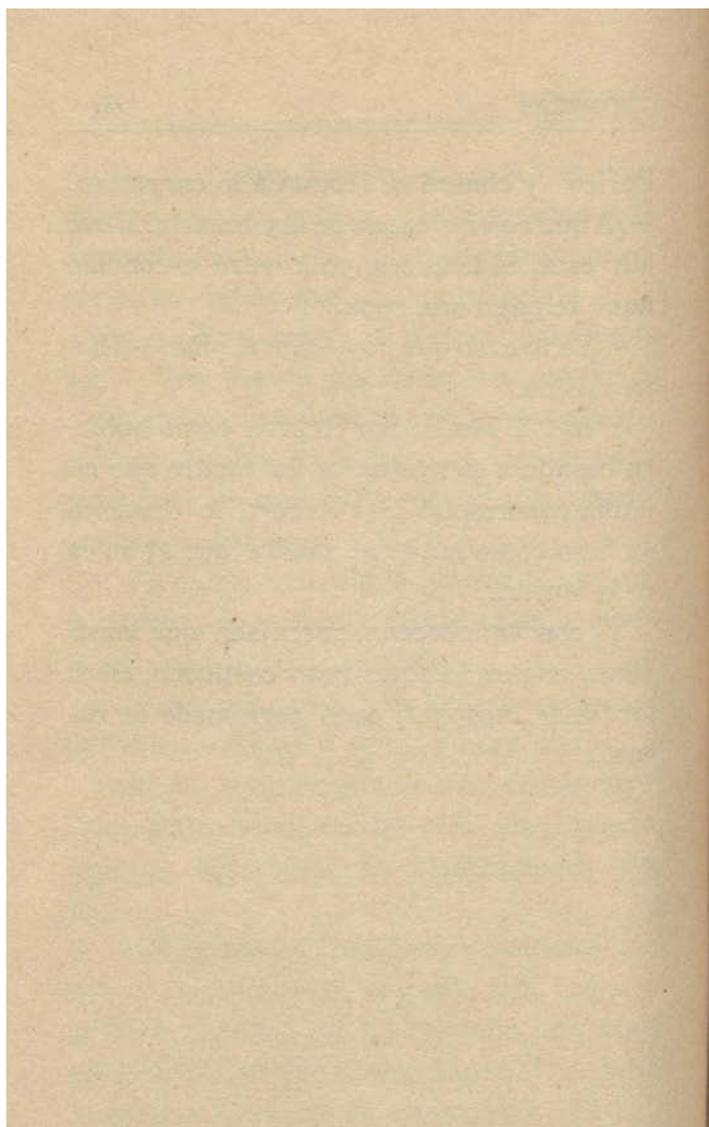
—Me agrada la franqueza—continuó éste.—Conque la monja te gusta, ¿eh? Vaya si es buen bocado. Mira, chiquillo, no seas niño y aprovecha; ella está por tí, ¿sabes? A mi no se me escapan estas cosas. Te digo que no seas tonto y aproveches. Oye.

Perico—y chascó la lengua a lo carretero.
—¿A que no eres capaz de ir y besarla? Mira, allí está. Si lo haces, yo lo veré escondido aquí, te pago una copa.

—Ya lo creo que voy—dijo el niño.—Ahora mismo.

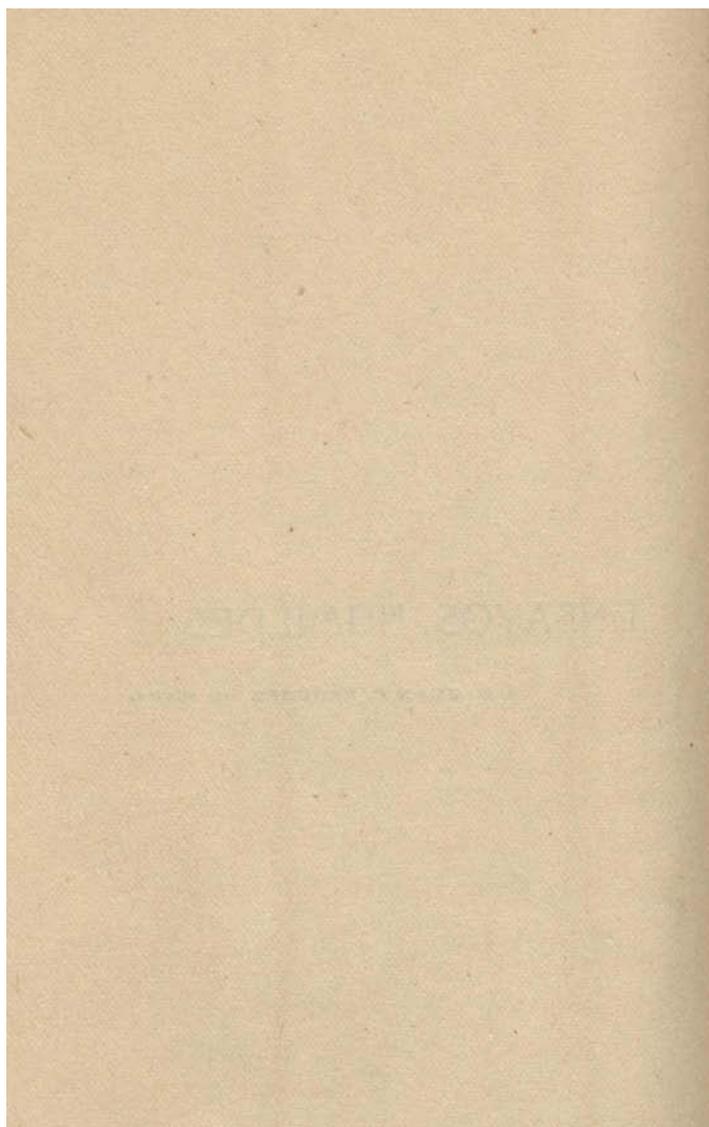
Y fué. Y besó a Sor Rebeca como hubiera besado a su madre, a la madre que no había conocido. Y Sor Rebeca le devolvió su beso como la tierna madre que al fin es toda mujer...

Y con la obscena carcajada que lanzó Juan, se mezcló aquel beso castísimo, en el jardín del hospital, todo perfumado de rosas...



ENSAYOS HUMILDES

A D. JUAN B. SÁNCHEZ DE HARO



LAS MONTAÑAS AZULES

Vistas en lontananza parecen las montañas talladas en zafiros hialinos y gigantes. Y mi ambicioso espíritu se ha enamorado de ellas, y ardientemente las desea, y en su busca, ilusionado, sin reposo marcha y marcha...

Cuánto milagro atesorais, enormes moles remotas: medrosas cuevas entrecruzadas por las estalactitas, rugidores torrentes, altonazos suaves, eminencias abruptas, impenetrables bosques como el mar rumorosos, agujas atrevidas donde anidan las

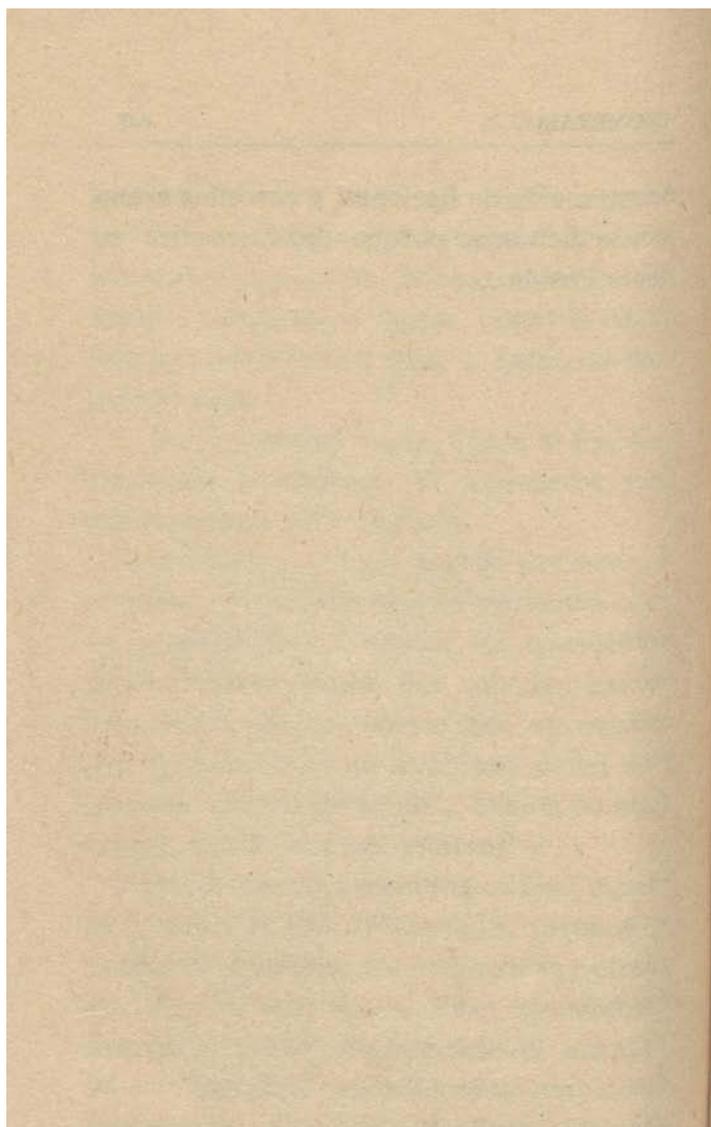
águilas, enhiestos picos que la bruma envuelve como un airón esbelto. Y habeis enamorado a mi alma, bellas montañas de ópalo y turquesa, y hacia vosotras vuela este inquieto espíritu mío, a quien fascina todo lo azul.

Y hacia vosotras vuela. Llega al fin. Estremécese de ventura. Va a poseeros, y el infinito anhelo será saciado.

Sin embargo.. ¿Qué acerbo desencanto se infiltra en él? ¿Por qué no encuentra ahora los quiméricos bosques, las traslúcidas piedras preciosísimas, las soñadas cavernas, palacio de los gnomos que no existieron nunca? ¿Quién ha cambiado aquel irpecable azul de gema de la lejanía en algo áspero, sucio, terroso, mineral?

Vista de cerca la montaña es fea. Apártate, alma, de ella. Desde lejos tornará a parecerse deseable, y verás otra vez pintadas de añil sus cimas. Pero no intentes acercarte jamás. Romperíase el encanto de este espejismo embellecedor que, como tantos otros, nos hace idealizar todas las imposibles y lejanas cosas. Y así llenan

nuestra vida de ficciones, y con ellas acaso
somos dichosos, porque decir mentira es
decir ilusión...



GOLONDRINA SONORA

Yo no sabría decir cómo es tu voz, ni cual su oculto hechizo.

Acaso ella recuerda suaves silbos de flauta, gemidores violines, trémolos de sollozos de amor, o las apasionadas melodías de esos instrumentos de madera que suenan en las orquestas dulce y pastosamente... Y a veces, es también cual gozoso repique de campanas de plata que tuviesen los inquietos badajos de cristal...

...Es la noche de estío de una calma infinita. La ciudad se durmió serenamente.

Nada turba su descanso, sino esos ruidos temerosos que aún el oído más atento duda percibir, y que diríanse el eco de los latidos del corazón de la tierra, o el batir en el aire de unas alas hechas de alma. Parece que se oyen besos, besos de novia buena, o de niños, o de madrecita, y el jadear de un enorme pecho cansado que tuviese contenido el aliento. Y respira, porque ya no puede más, y entonces se despierta la brisa, y corre por entre las tinieblas, alocadamente, sin saber donde ir: dice cosas mimosas a los árboles, frunce el cristal del agua y lo deja temblando, juega con una niebla que levanta hasta trocarla en nube. Luego se cansa, y échase otra vez, mientras las estrellas titiritan en la altura. Las estrellitas blancas o doradas o levemente azules, las luminarias inmortales. Y hay una roja, muy pequeña, como un ascua fulgente o una lágrima de sangre que se hubiese coagulado, allá arriba, de frío...

Y de pronto quiebra el silencio tu voz. Es una canción triste, rebosando nostalgias, que hemos oído alguna vez en cual-

quier parte. Nace en el alma, a sus sonos, una callada emoción. ¿La noche, la distancia, o este tropel loco de recuerdos que despierta? ¡Quién sabe!—Aquel tango canalla que oímos en un burdel, ¿por qué nos pareció en cierto crepúsculo una extraña oración?—Es un cantar de antiguo ritmo dulce y despacioso que siembra la noche de evocaciones mojadas por el llanto; luego acelera su compás, como una sierpe que se desenrosca... Y se alza, y adquiere rápidas y voluptuosas ondulaciones acariciantes, y acaba con un grito apasionado...

Una pausa. Ahora es una copla, no importa cual. Y esta música, ramplona en un teatro, entre la muchedumbre, o a plena luz, es algo inefable y hondo bajo la paz de los luceros, en el caliente nocturno, sobre el letargo de la ciudad. Luego, es ya noche mediada. Y no se sabe qué misteriosa a todas las cosas esta alta hora cuajada de inquietud, cuando las almas desveladas temen un poco, sin saber qué...

Finalmente, por influjo de un ángel de la noche, has cantado aquella plegaria místi-

ca, llena de piedad, que hace llorar en el templo a las buenas mujeres. Tiembla en dulce congoja la armoniosa voz, asciende un poco, detiéndose un momento, desciende luego para tornar a remontarse más, como una golondrina sonora. Toda la noche vibra. La tierra y el cielo son dos gigantes y atentos oídos. Y la voz sube más aún, más aún, como un hilito de oro muy tenue y muy frágil, que no hubiera de romperse hasta llegar a las estrellas...

Yo no sabría decir cómo es tu voz, ni cual su hechicería...

REMORDIMIENTO

He oído que un hombre perverso, saco de lascivias, miserable esclavo de su lubricidad, ha fascinado a una virgen diabólicamente. Una alondra más, caída al cieno desde la luminosa altura, al negro lodo pestilente donde se revuelcan las sierpes malditas... ¿Qué tiene esto de nuevo?

Admitamos, no obstante, que solo intervinieron en este hecho las fuerzas ocultas, ancestrales y a veces invencibles que anidan en los más escondidos recovecos de los seres humanos, y que pueden hacer un ase-

sino de un tímido o acaso un héroe de un cobarde. Llamadas rojas que ciegan los ojos y anulan la voluntad, sed rabiosa y anhelante que conturba y crispera... Un momento de locura, un relámpago demoníaco... Y luego, una gran tristeza animal, un asco invencible de sí mismo, un tormentoso arrepentimiento tardío ..

Aunque así el hombre perverso queda reducido a una víctima de su temperamento, de la fatalidad o de la herencia, ya no será en adelante más que un esclavo de ese hado inexorable que se llama recuerdo, voz que acusa, cuando menos se espera, como un angélico clarín. Y el hombre que no supo atraillar la jauría de sus pasiones, sufrirá toda su vida el suplicio de encontrar, en cuantas dulzuras guste, el sabor de una gota de ajeno. Como un sediento cuyos labios secan todas las fuentes, labios febriles jamás saciados. Como si tuviera las manos manchadas de sangre, y nunca pudiera quitarse de ellas el rojo estigma... Manchas indelebles son las que gotea la conciencia.

¡CORAZÓN MALDITO!

¡Maldito seas, corazón! Por tí soy cobarde y temeroso, por tí tiemblo y sufro. Y eres la fuente de donde el llanto brota como un agua corrupta. ¡Maldito seas!

Sin tí yo sería magníficamente egoísta y cruel. ¿No sabes que la ternura es una enfermedad de las mujeres histéricas y de los hombres débiles? Te desprecio y te execro, inquieto y rojo pedazo de músculo, porque me haces sentir, y recordar, y desear, y querer... ¡Y no podré nunca arrancarte de mi cuerpo, como una piltrafa muerta, y ti-

rarte a los perros y a las bestias inmundas!

Yo quisiera que fueses, corazón, un trozo de basalto duro y negro, sin latidos vitales, pétreo, insensible, seco, estéril... El dolor no podría entonces clavarte sus finos dientes de víbora. Y yo sería un Dios, casi...

Yo sería casi un Dios, jovial e indiferente. Con mi recio corazón inmóvil, negro y frío como un cristal de cuarzo ahumado, jamás habría de afectarme la desgracia, ni de estremecerme la piedad, ni de caldearme el deseo, ni de torturarme el amor... Y así, la felicidad, esa gran quimera, colgaría su nido fácilmente en la roca de mi pecho.

Y pienso que esta suerte de felicidad habría de ser como un buitre que fuese devorando, en mi corazón de piedra, los despojos de todas las cosas bellas, buenas y nobles, extinguidas al mismo tiempo que el ritmo de mi corazón de carne...

LA NOVIA FEA

¿No habeis tenido nunca una novia fea? Esta es una cosa que no comprenden muchos hombres, y puede ser en ocasiones la felicidad.

Yo siento algunas veces el vago anhelo de tener una novia fea, decididamente fea a primera vista. Una mujer insignificante, pequeña y vulgar, distinta de esas hembras, de espléndida hermosura, que van por todas partes avivando deseos; una mujercita a la que nadie hubiera mirado nunca como yo. Todo su tesoro afectivo sería para mí,

en una plena y absoluta entrega. Y el cariño la embellecería y sublimaría de tan exquisito modo, que yo había de encontrarla superior a todas las restantes mujeres...

En la soledad, muchas veces, siento este anhelo, vago como una pequeña inquietud espiritual, como una florecilla de humildad y bondad que perfuma mi pecho. Y vive en mí este deseo lo que tarda en mirarme una mujer hermosa...

¿SOIS TÍMIDOS?

¿Sois tímidos? He aquí un suplicio desgarrante muchas veces... ¿Sois tímidos? He aquí también una gran dificultad invencible que se alzar  siempre ante vosotros... Quedareis rezagados en la marcha, y el turbio tropel de los decididos y los audaces os arrollar , os pisotear , os dejar  maltruchos en mitad del camino...  No les pidais ayuda!  C mo ellos, que van deprisa,  giles y fuertes, han de volverse para alzaros, pobre despojo que sois ya, in til y vencido?

Y luego, en todas las pequeñas cosas de la vida os sentireis la voluntad como rígida por la timidez, que os hace pasar desapercibidos y llegar tarde a todas partes, siempre en lidia con vosotros mismos... A lo sumo, después de mucho tiempo, os habreis creado una reputación de «buen muchacho»; al llamaros así, los hombres os premiarán con una sonrisa de lástima y las mujeres con una deliciosa muequecita depreciativa... Finalmente, nadie hará caso de vosotros. Hasta que un día lograis vencer la invencible timidez y dais un beso a una mujer o una bofetada a un imbécil. Y todos caen sobre vosotros, como una jauría, indignados porque hicisteis una sola vez lo que ellos hacen a todas horas.—«¡Quien diría que esta mosquita muerta!...»

EL ULTIMO DILEMA

La muerte, al fin, un día se acordará de mí... Trágica, silenciosa, comenzará a mirarme con sus ojos sin luz. Luego me dará un beso. ¡Oh, qué frío el de este beso final!

Y me dirá al oído con su voz extrahumana, como un silbante extertor: —«Pobre hombre, te hayas ahora en el decisivo instante. Dos caminos se abren ante tí: el derecho, todo luz; y el siniestro, sombrío... En la negrura está la ciudad de la Eterna Desdicha. Hacia el claro sendero, la mansión del Supremo Bienestar. Y en ella mo-

rarás siempre si en tu último minuto maldices el nombre de la mujer que amaste. Mas si por el contrario mantienes vivo su recuerdo en tu alma, serás precipitado en las tinieblas. ¡Decídete, pobre hombre!

Oiré esta horrible conminación; meditaré un segundo. Y entonces, ¡oh mujer!, con tu nombre en los labios y en el pecho, pensando en tu recuerdo, dichosamente, jubilosamente, entraré con paso decidido—para no salir ya nunca—por la gran puerta donde esculpió el Dante:

*«Per me si va nella città dolente
Per me si va nell eterno dolore...»*

UNA ACCIÓN BUENA Y FACIL

Cada día, en las ciudades, aumenta el número de bellas mujeres que no tienen novio, encantadoras muchachitas que entran en la juventud llenas de esperanzas y ven pasar los meses y los años en una soledad fría y dolorosa. Y así, sin saber cómo, se van haciendo viejas... ¡Oh, la tragedia de las arrugas y de las canas invasoras y de los labios que se enblanquecen y de los ojos que se apagan!... Un día, estas alocadas mozuelas se ponen a palmotear alegremente... --«¡Mañana cumplo años!» — Y de pronto se quedan

serias y pálidas, porque han llegado a los treinta, y esto les da un poco de miedo...

Son bonitas, hacendosas y dulces. Algo místicas, algo tímidas. Un poquito cursis quizás por atraso en las modas, pero tan buenas, tan buenas, y con un tesoro de ternura en el corazón... Y no es que no se casen; es que ni siquiera han tenido novio, ni aún uno de esos remotísimos novios fugaces, tan característicos de las solteronas viejas, a quienes les sirven para suspirar muy hondo cuando se habla de amores y para decir dolientemente sus nombres, que son siempre eufónicos nombres de novela romántica...

Las plácidas tardes de domingo, serenas bajo esa luz de los días festivos que parece más transparente, estas muchachas se asoman a los balcones de las callejas provincianas, con sus mejores vestiditos, muy lamido el cabello, y una leve huella de perfumados polvos en las cansadas mejillas... Se acodan sobre la fría baranda herrumbrosa, a esperar, a esperar siempre lo que nunca llega, a esperar como todos los días,

con un anhelo tímido y palpitante, algo que rompa la monotonía cotidiana: una chispi-
ta de ensueño, unas migajas de quimera...
¡Los pobres pájaros enjaulados se conten-
tarían con tan poco!

Qué buena obra para vosotros, los jóve-
nes de corazón generoso, pasear esas calles
por donde nadie pasa, mirar a esas mujeres
que nadie mira, echar una brazada de olo-
rosa leña al rescoldo casi apagado de sus
esperanzas. ¡Qué inmensa y eterna gratitud
haríais nacer en los corazones de esas muje-
res, que ya toda la vida habrían de latir
para vosotros! Y os aguardarían siempre,
aunque no volviéseis a mirarlas jamás,
aunque nunca tornárais a cruzar por la
triste calleja donde os esperan...

No olvidaros, los corazones generosos, de
hacer esa obra buena, tan fácil...

A EVA

Por no oír en todo tu áurea voz —hasta en el eco de los ecos del murmullo más tenue,—hice levantar en torno mío esta recia muralla de aislamiento y soledad, esta muralla impenetrable donde estoy preso. Y, sin embargo, te oigo...

Para no verte en todas las cosas,—hasta en el aire mismo, cual etérea silueta,—cerré los ojos durante mucho tiempo. De eso están ciegos, y también del llanto. Y sin embargo, te veo siempre...

Para no sentirte junto a mí—aun estando

tan lejos, tan lejos—adormecí mi carne hasta las fronteras de la muerte. Y te siento muy cerca, sin embargo...

Para exterminarte en mi alma, desgarrándome el pecho sin piedad, partí en dos mi corazón... Y observo con espanto que ahora te amo dos veces...

ESTE HOMBRE GORDO...

Este hombre gordo y saludable, vestido de negro, con su gran cadena de oro y las numerosas sortijas de sus manos sudadas; este hombre que huele a manteca y a pellejos de vino y que bebe voluptuosamente su café muy cargado y chupa con entusiasmo de un cigarro pestilente; este hombre honrado que pasa la tarde del domingo sentado en el paseo, a la puerta del Casino, indiferente a todo lo que no sea el laborioso proceso de la digestión; este hombre que se deleita con la música de los gramófonos y a

quien las mujeres le parecen tanto más deseables cuanto más gruesas están, este hombre feliz y craso quisiera yo ser.

¡Oh! ¡Mi almacén de aceites y vinos, los cientos de jamones y chorizos colgando graciosamente del techo, mi tiendecita siempre llena de gentes, la caja cada día más repleta, la hacienda cada vez más próspera! Tendría una mujer que se llamaría Tomasa, de hidrópica gordura, una grasienta mujer que roncaría estentóreamente en las largas noches de sueño; también tendría una dulce amiga rubia y frágil a quien haría recatadas visitas todos los días festivos, y alguna vez entre semana; esta amiguita me costaría muy cara, me engañaría constantemente, y pondría, al besarme, un gesto de asco invencible; pero yo no me enteraría de esto, ni de nada...

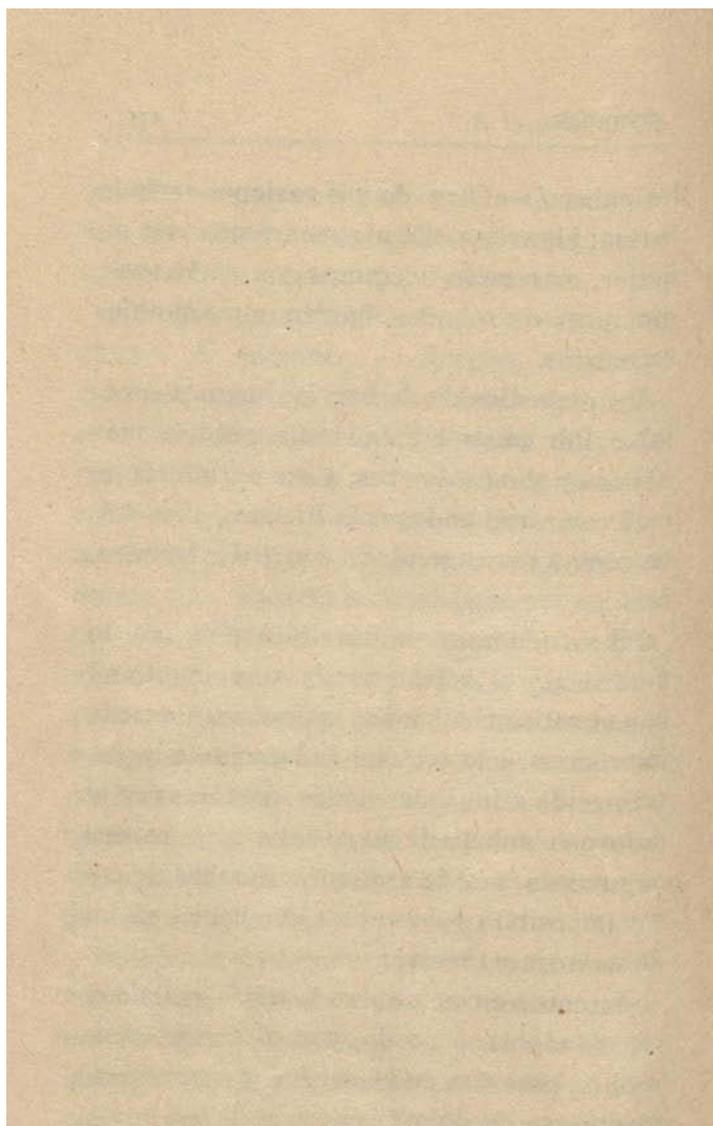
Habría de gustarme mucho jugar al dominó; yo diría «dómino», por la misma razón que llamaría «méndigos» a los pobres, a quienes les tendría un odio profundo, parecido al que sienten por ellos los perros de lujo de las casas grandes.—«¡Oh, qué asco

los pobres!»—Otra de mis pasiones sería la brisca; jugaría a ella algunas veces con mi mujer, marcando los tantos con garbanzos, que luego de sobados harían unos potajes exquisitos...

Yo sería alcalde de barrio, luego concejal... ¿Por qué nó? Y cada día tendría más abdomen y más dineros, y me arrullaría mi mujer con ronquidos más fuertes, y mi dulce amiga me engañaría con más frecuencia...

¿Que todo esto es horrible? ¡Oh, no lo creais! ¿Y el tormento de una inquietud nunca satisfecha, y las quiméricas ansias imprecisas, y la sensibilidad excitada y estremecida a los más nimios contactos, y el doloroso anhelo de no se sabe qué espera angustiosa, y toda esa muchedumbre de cosas imposibles y deseables que hacen mi vida amarga y torturante?

¡Intento reirme de este hombre maloliente, saludable y gordo, y es él quizás quien está en posesión de la verdad y—merecidamente—se ríe de mí!



ME BEBERÉ MIS LÁGRIMAS

Nunca sabrás, mujer, que yo te quiero...
Este es mi secreto, mi delicioso secreto in-
confesable.

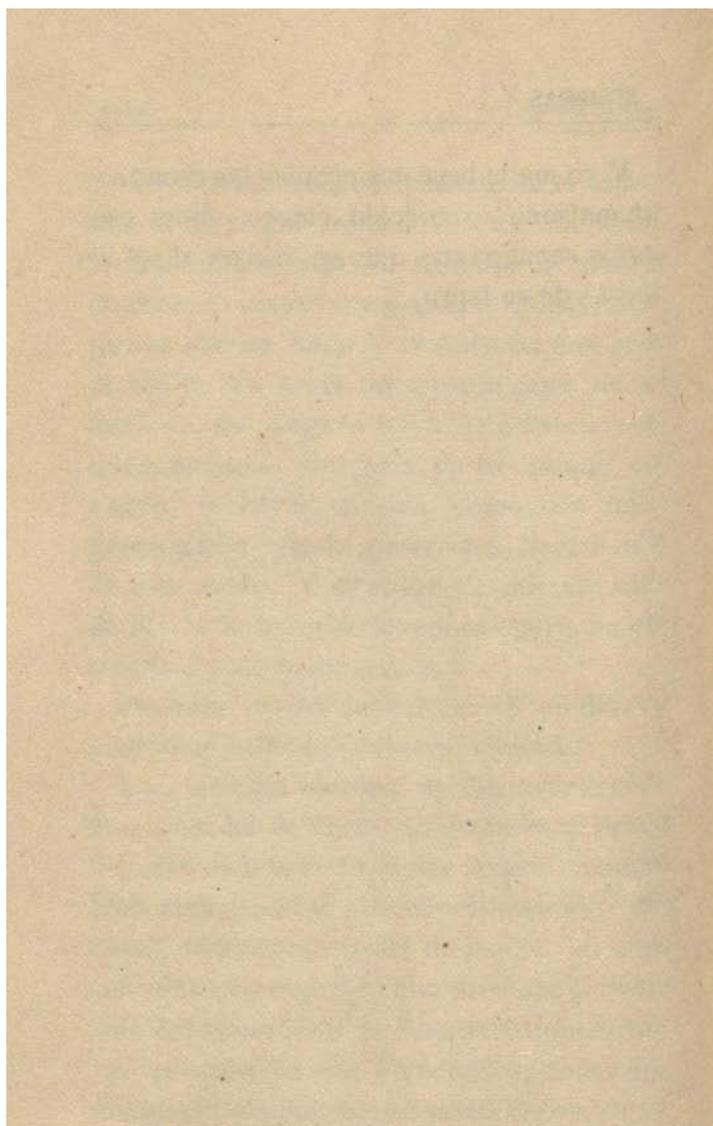
Todos los días, todas las horas, todos los instantes, estoy pensando en tí. Las gentes me ven siempre absorto, como insensible al mundo exterior, tal que un absurdo autó-mata. Y en mi cara debe haberse marcado el estúpido gesto de quienes solo viven dentro de sí mismos, embriagados por el ensueño, que es el más venenoso de todos los opios...

A veces me imagino besarte en el espíritu con los temblorosos labios de mi alma, toda de blanco vestida. Aún eso me parece demasiado material y grosero. Quisiera entonces que un hada te trocara en una gota de rocío. Yo sería un dorado rayo de sol matinal que llegase hasta tí quedamente, quedamente... Entraría en tu diáfano corazón, te haría parecer como una milagrosa gema irisada y radiante. Serías mía de este modo. Y al calor de mis caricias de luz, te habrías de evaporar para no entregarte ya a nadie nunca...

Pero eso no ha de suceder. Y un día, en cualquier calle de cualquier ciudad...

Un claro día oloroso, un día de cristal de Bohemia, he de verte apoyada en el brazo de otro hombre, tu dulce dueño amado. Ireis embebecidos en vuestra inmensa felicidad, vibrando, febriles de pasión, o acaso con el tierno desmayo que produce la posesión del supremo bien. Sentiré entonces saltar mi corazón roto en pedazos, como una nuez cascada por la tenaza del Dolor. .

Y yo me beberé mis propias lágrimas con un malsano y retorcido placer, como esos gafos repugnantes que se rascan al sol las llagas de su lepra...



LA VIDA ABORRECIBLE

Hay personas plenamente felices, como otras son plenamente desgraciadas. No sé si esta afirmación es una perogrullada. Lo que sí parece evidente es que la dicha en la tierra no está repartida con equidad.

He conocido un hombre de sino adverso a quien los astrólogos hubieran creído bajo el influjo de una funesta conjunción astral. Desde la infancia, — fría niñez de huérfano, — todos sus pasos en la vida fueron dolorosos, por entre espinas lacerantes. No supo lo que es un hogar, ni un regazo materno,

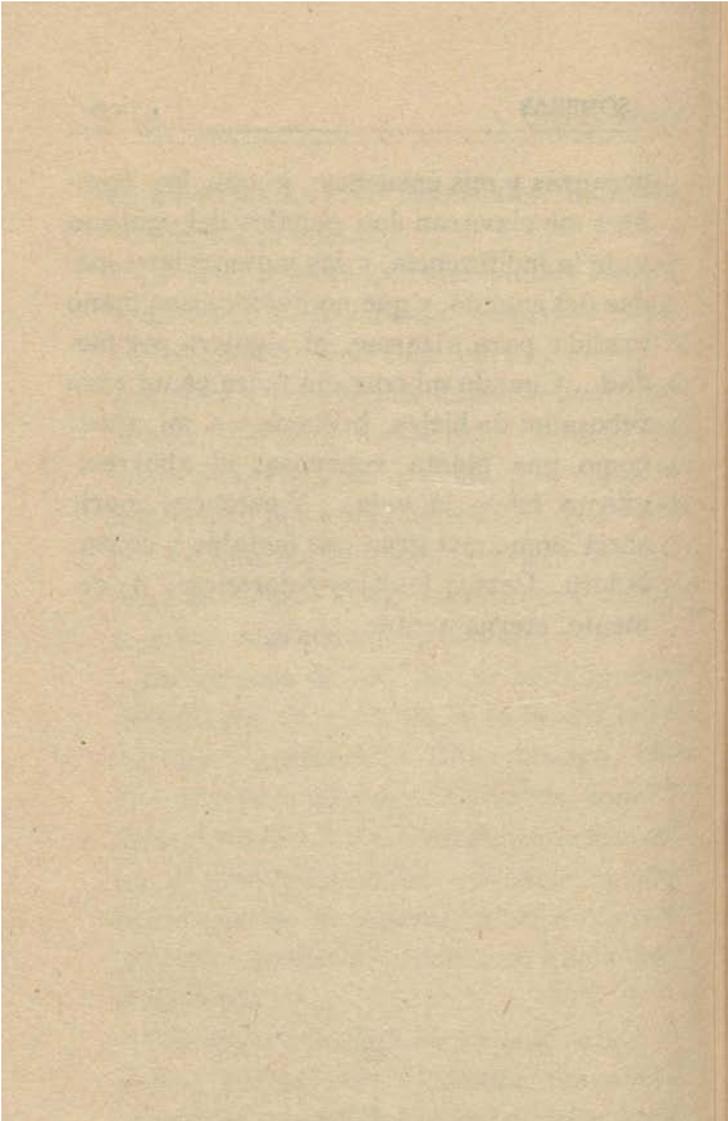
no gustó las caricias fraternales, nunca tuvo alegría ni salud...

He sabido ahora que este hombre desgraciado fracasó en todas sus empresas, y malogró cuantas cosas tocaron sus manos. Y una lenta y repugnante dolencia acabó con él en un Hospital, donde hubo de acogerse luego de ir rodando por ínfimas casas de huéspedes, por absurdos salones de dormir, por los más bajos fondos sociales, embrutecido, envilecido acaso, en un renunciamiento y una degradación absolutas.

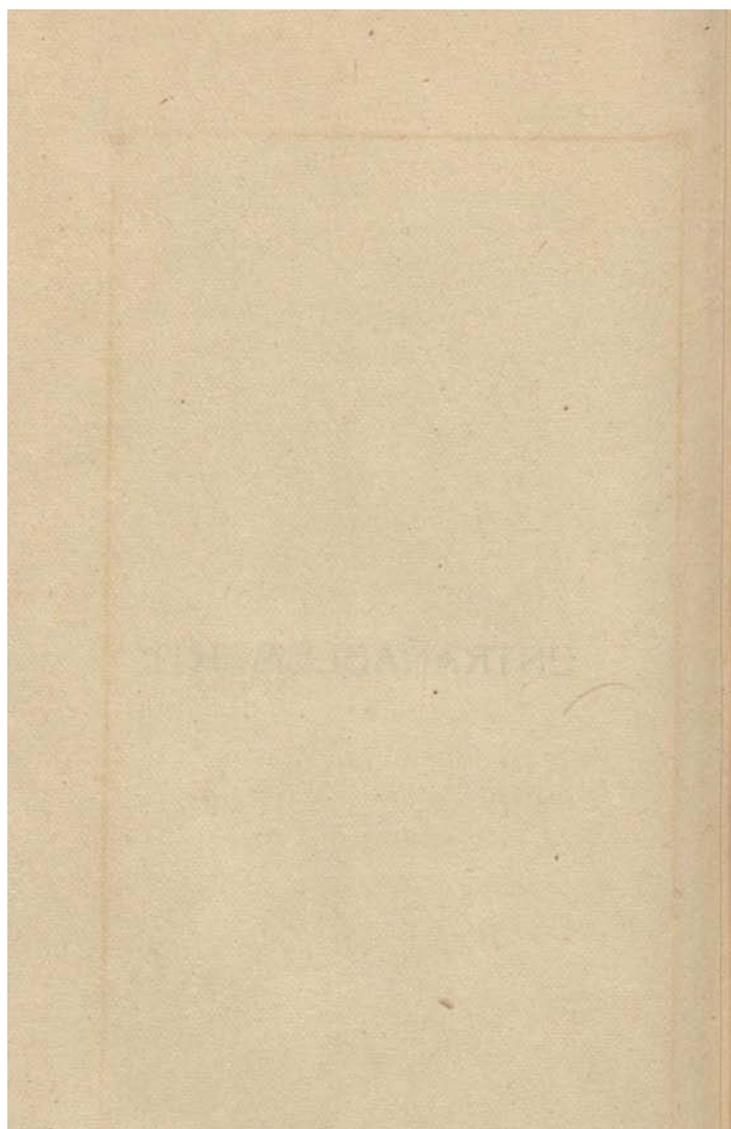
Da un poco de frío pensar en la inmensa desventura de esa vida, y en la soledad de sus horas postreras... Sin embargo, también se piensa que en estos casos, como no se deja entre los vivos ningún corazón amigo, el paso hacia la luz—¿o hacia la sombra?—que es la muerte, pierde el sentido trágico y queda reducido a un guiño más: el último.

Por eso yo quisiera estar solo entre las gentes indiferentes, afectivamente aislado y que una adversidad irreparable y monstruosa devorase todas mis ilusiones, mis es-

peranzas y mis ensueños; y que los hombres me clavarán los puñales del egoísmo y de la indiferencia, y las mujeres las espadas del engaño, y que no hubiera una mano tendida para alzarme, ni siquiera por piedad... Cuando mi corazón fuera ya un vaso rebosante de hieles, brotaría en mi alma, como una planta venenosa, el aborrecimiento hacia la vida... Y entonces morir sería como una gran paz inefable y consoladora. Cerrar los ojos y dormirse, dulcemente, eternamente...



ENTRAÑABLEMENTE



Una onda ideal nos envolvía...
He terminado el libro, me dijiste;
Pero tu voz sonó tan vaga y triste,
Que un oculto dolor se presentía.

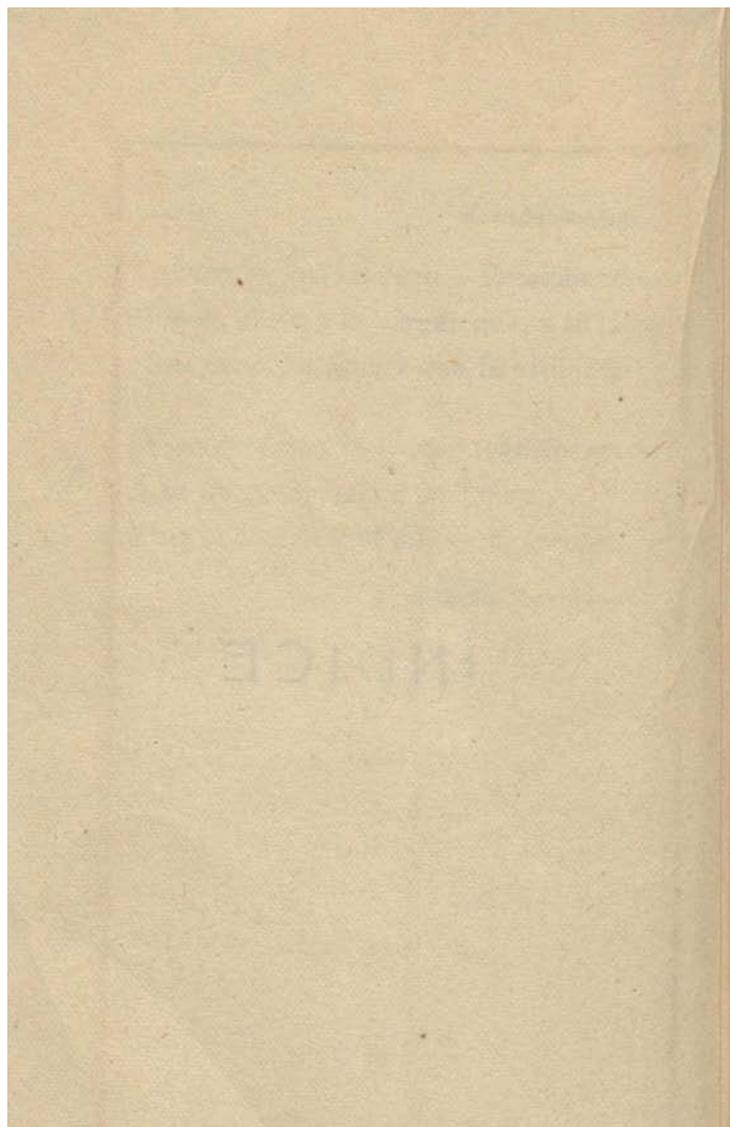
En la tarde, a la luz de su agonía,
Estas páginas bellas me leiste.
Son rosas de pasión, a las que diste
Una subyugadora hechicería.

Tu lectura era un rezo... Emocionado,
Contemplaba a la Virgen que, a tu lado,
Hizo poner tu madre con fé ardiente.

¡Y absorto, ví a la Virgen transformarse,
A tu lecho de mártir inclinarse,
Y un beso celestial dar en tu frente!

P. García Valdés

INDICE



	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA.	11
PRÓLOGO	
A mis amigos del santo rincón . .	15
EN LA NOCHE AFRICANA . .	31
PERO ERA TARDE YA... . .	45
SILUETAS DE MUJERES	
Rosario	59
Caridad	61
Blanca	63
María. . . . ,	65
Margarita . ,	67
LA ORACIÓN QUE LLEGÓ AL CIELO	71
ENRIQUETA. . . . ,	83

	<u>Páginas</u>
CASTAMENTE.	97
ENSAYOS HUMILDES	
Las montañas azules	105
Golondrina sonora	109
Remordimiento	113
¡Corazón maldito!	115
La novia fea	117
¿Sois tímidos?	119
El último dilema	121
Una acción buena y fácil	123
A Eva	127
Este hombre gordo..	129
Me beberé mis lágrimas	133
La vida aborrecible.	137
ENTRAÑABLEMENTE.	141

EDITORIAL LEVANTE

LA UNIÓN-MURCIA



PRIMERAS PUBLICACIONES:

Sombras, prosas de Andrés Cegarra Salcedo, prólogo del Excmo. Sr. Don José Ortega Munilla, de la Real Academia Española.—2 ptas.

Melancolía, poemas de Pedro García Valdés, prólogo de Miguel Pelayo.—2 ptas.

Caminos..., poesías de F. Martínez-Corbán, con una semblanza del poeta por Emilio Carrere —2'50 ptas.

EN PREPARACIÓN:

Antologías de poetas y prosistas de la región, anotadas y comentadas, con retratos y caricaturas de los autores.—3'50 ptas.

OBRA NUEVA

Camino del Ensueño, versos por Leopoldo Ayuso.—2 ptas.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN CARTAGENA EN EL ESTA-
BLECIMIENTO TIPOGRÁFI-
CO DE M. CARREÑO
EL DÍA XXVI DE
NOVIEMBRE
MCMXIX



